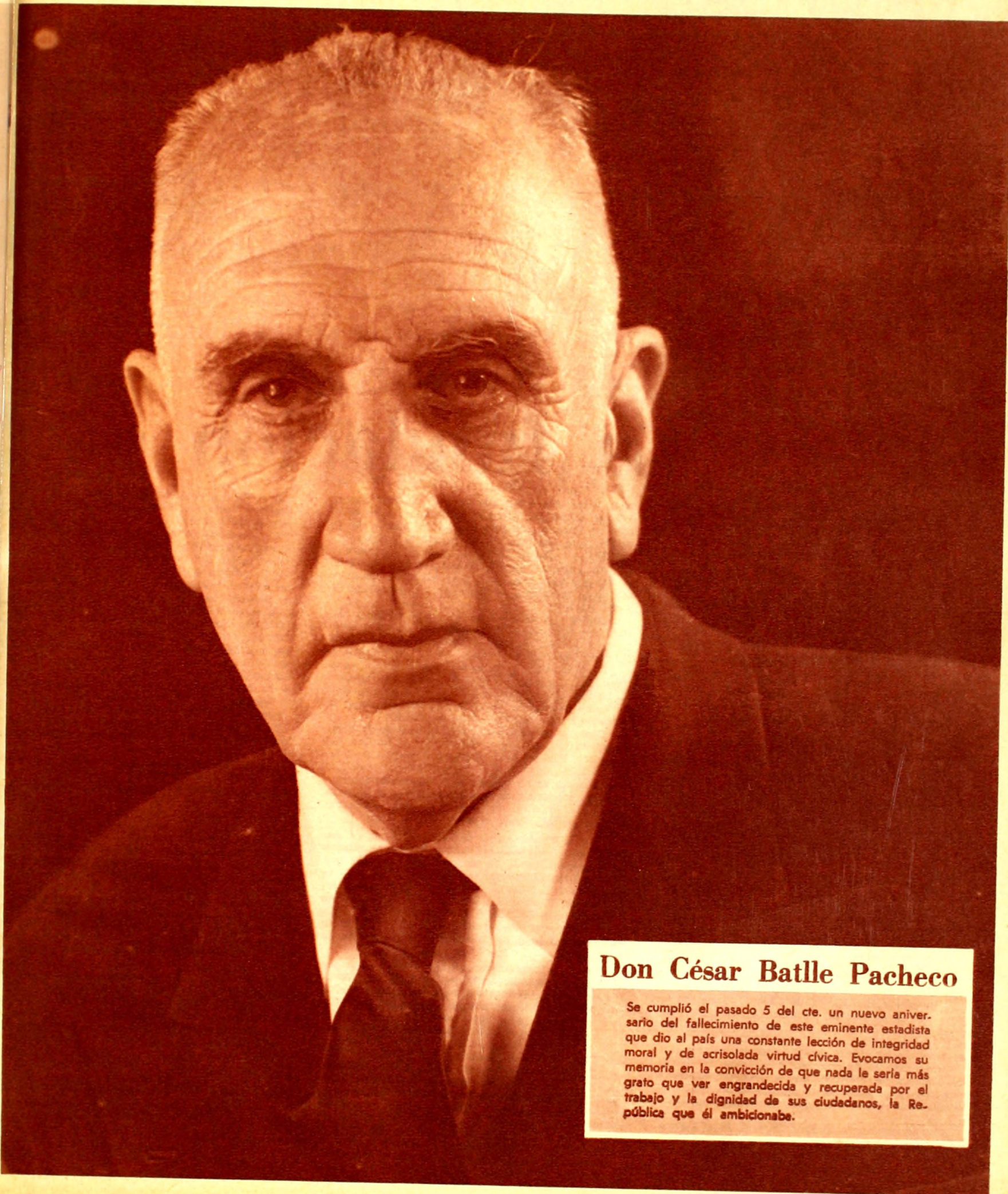


Suplemento Dominical fundado
por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

EL DIA

AÑO XXXVII - Nº 1828
Montevideo,
9 de junio de 1968



Don César Batlle Pacheco

Se cumplió el pasado 5 del cte. un nuevo aniversario del fallecimiento de este eminente estadista que dio al país una constante lección de integridad moral y de acrisolada virtud cívica. Evocamos su memoria en la convicción de que nada le sería más grato que ver engrandecida y recuperada por el trabajo y la dignidad de sus ciudadanos, la República que él ambicionaba.



Apunte a lápiz pos Besnes e Irigoyen del Juramento de la tercera presidencia constitucional, recibido por el Gral. Fructuoso Rivera, en su propia casa de la Villa del Durazno, el 25 de marzo de 1839. Rivera y los integrantes de la Comisión están vestidos de gala. a) el Presidente, b) el senador Alejandro Chucarro, c) el representante Benito Chain, d) el representante Joaquín Sagra y Pérez, e) el secretario Besnes e Irigoyen, f) vecinos y oficiales. En la época, según Besnes, había en Durazno 21 casas de azotea y 4 en construcción y en total unos doscientos ranchos "entre buenos y malos". A las 8 de la noche, con excepción de dos billares, "todo estaba cerrado". (Del "Album de anotaciones, croquis y dibujos de Juan Manuel Besnes e Irigoyen relativos al viaje realizado de Montevideo a Durazno para tomar juramento del Gral. Fructuoso Rivera. Febrero - marzo de 1839"), Museo Histórico Nacional



Residencia del Gral. Fructuoso Rivera en la Villa del Durazno. Fragmento de una acuarela por Juan Manuel Besnes e Irigoyen, sobre apuntes tomados durante la oportunidad de su visita en marzo de 1839, como secretario de la Comisión Parlamentaria que asistiera a las solemnidades del juramento constitucional del Presidente de la República. En la acuarela se pueden ver 9 Banderas de la Patria y 8 coloradas. (Del "Viaje a la Villa del Durazno" - Biblioteca Nacional)

La fundación de

En julio de 1920, el diputado departamental Alberto E. Bravo presentaba a la Asamblea Representativa de Durazno su proyecto de solemnización del Centenario de la Fundación de dicha ciudad, indicando la fecha comprendida entre el 19 y el 21 de abril de 1821, inclusive, los días en que debería conmemorarse.

La Comisión de Legislación y Códigos aceptó en general el proyecto sometido a su consideración, aconsejando otra fecha: la del 18 de julio de 1821. Un año después, el 17 de junio de 1921, por moción del diputado Alcides Aldama, la Asamblea Representativa resolvió que las fiestas del centenario de Durazno tuvieran lugar el 12 de octubre, por coincidir con la fecha del descubrimiento de América, ya que había sido imposible hasta ese momento "encontrar la fecha exacta del día de fundación".

Ultimamente, por unanimidad, la Junta Departamental resolvió, por decreto N° 555 de fecha 19 de septiembre de 1927, por su artículo 1°, declarar con carácter permanente el "Día de Durazno" los 12 de octubre de cada año, realizándose en dicha fecha y cada año subsiguiente una sesión solemne (Artículo 2°), designándose un componente del Cuerpo para que axalte significativos hechos de la Historia de Durazno.

En este trabajo expondremos una tesis distinta a la de quienes nos han antecedido en el estudio del tema (1). Discrepamos con la posición sustentada por el Dr. Huáscar Parallada en su libro "En la otra Banda del Yí", cuando afirma: «El 23 de noviembre [de 1821] comunicaba [Rivera] que ya estaba por terminar la delineación de la planta urbana, pero un mes antes alude al pueblo, lo que significa a mayor abundamiento que, precisamente en octubre, ya lo daba por fundado» (2). En cambio coincidimos con el historiador duraznense, cuando expresa: «¿qué pueblo podía existir en aquel lugar, si recién en noviembre se está por terminar su delineación y se pide por Rivera, instrucciones sobre el modo de repartir los terrenos, las "restricciones" que se les ha de imponer a los pobladores y el "orden o trámite" que se les dará a los documentos de propiedad?» (3).

Finalmente, cabe agregar, que transcribiremos en la totalidad de sus textos, los documentos inéditos y conocidos en que apoyamos nuestra tesis, utilizando en muy contadas ocasiones, sus fragmentos más fundamentales. Por otra parte, hemos modernizado su ortografía, con excepción de los patronímicos, para que el lector pueda seguir su lectura con mayor facilidad.

A FINES de setiembre de 1782 el Alguacil Mayor de Montevideo Ramón de Cáceres constataba la presencia en el paso de Durazno de varios ranchos y corrales de Valentín Sánchez, capataz de Domingo de Igarzábal, "con considerable porción de cueros apilados en sus inmediaciones", dándole cuatro meses de plazo para su desalojo, por encontrarse en tierras de Melchor de Viana (4). Es la primera referencia que conocemos hasta el momento, de un establecimiento semi permanente en este estratégico lugar del río Yí.

Según documenta el Prof. Juan E. Pivel Devoto en "Raíces Coloniales de la Revolución de 1811", Montevideo, 1957, Pág. 27, D. Ignacio Núñez, natural del Paraguay, que residía en esa región hacia 26 años "haciendo matanzas de Tigres pa beneficiar sus Cue-

ros", había sido informado por un capataz, que en 1782 se habían faenado y se hallaban apilados en el paso de Durazno, ochenta y siete mil cueros. Es de señalar que Domingo Igarzábal, conjuntamente con Cristóbal de Castro Callorda, Lorenzo Figueredo y Antonio Pereira, estaba autorizado por el Gobierno de Yapeyú, hasta esa época, para las faenas de ganados de su propiedad, existentes en los campos del Yí y del río Negro.

Cuarenta años después, a escasa distancia del Paso del Durazno, surgiría, en una época sombría para la patria, durante la dominación lusitana, la Villa de San Pedro.

La circunstancia de haberse quemado la documentación existente en poder del vecino de Durazno, D. Manuel Díaz, en el incendio que sufriera su casa, ha hecho pensar que se encontraba en su poder la probable Acta de Fundación de la villa. (5)

Como lo ha puesto de manifiesto el Dr. Huáscar Parallada en su folleto "Revelación y Destino del Durazno", Pág. 28, Díaz integró la Comisión de solares en 1822.

Tampoco se ha podido ubicar hasta el momento el Acta Supletoria mencionada por Rivera en la escritura de la venta de un rancho de "pared de sebato y techo pajizo", donde expresa:

"Yo el Presidente de la Repca. y Gral. en Jefe del Ejército, especialmente facultado para el respecto por la resolución de 16 de diciembre de 1832 que a la letra mandé insertar en el Acta Supletoria de la fundación de la Villa de San Pedro del Durazno, otorgo, dono y adjudico en toda propiedad a la dña. Doña Santos Berdún de Isasa a sus subesores y legítimos representantes el mencionado solar..." etc., etc. "dado en cuartel General del Durazno a 10 de febrero de 1833". (6)

La fecha mencionada por De la Sota en la que se "planteó" la villa —octubre de 1821— y el informe de antiguos vecinos del pueblo que figura en la escritura del ejido de Durazno realizada el año 1875, son testimonios hasta ahora invocados para admitir el año de 1821, y más concretamente el mes de octubre, el de dicha fundación.

Dice así el mencionado informe vecinal: "...en mil ochocientos treinta y tres el Agrimensor don Anselmo Dupont por orden del Presidente de la República General Dn. Fructuoso Rivera mensuró el Ejido de dicha villa que lo ocupaba, desde el año 1821 en que fue fundada a cuyo acto asistió dicho general y demás autoridades locales en cuya operación se le dio el Ejido por límites naturales, la barra del Sauce, que divide San Borja, aguas arriba de dicho arroyo hasta su cuchilla el cual hace barra

con el Yí, y a la parte del Oeste, el arroyo Baños, que hace barra con Maciel, sus fondos a la barra este último con el Yí..." (7)

Documentos de la época en que se desarrollan sucesos —algunos ya publicados fragmentariamente— desvirtuarían dicha afirmación.

Es de señalar la intensa movilidad de Rivera los últimos cuatro meses de 1821: el 20 de setiembre se encuentra en su campamento de Clara; el 20 de octubre en el Paso del Durazno, donde deja un destacamento; el 22, en el Arroyo de la Virgen; el 29, en Canelones; el 23 de noviembre en el Paso del Durazno; el 4 de diciembre en Arroyo Ma'o; el 6, 10 y 12 en Costas de Clara; el 22 de enero de 1822 en campamento en el Durazno; el 29, en Canelones, y el 6 de febrero, nuevamente en el Campamento de Durazno. (8)

Ante la orden gubernamental de formar un pueblo, Rivera dirige el siguiente oficio desde el campamento de Durazno al Cap. Bonifacio Izás (alias Corderón), el 20 de octubre de 1821:

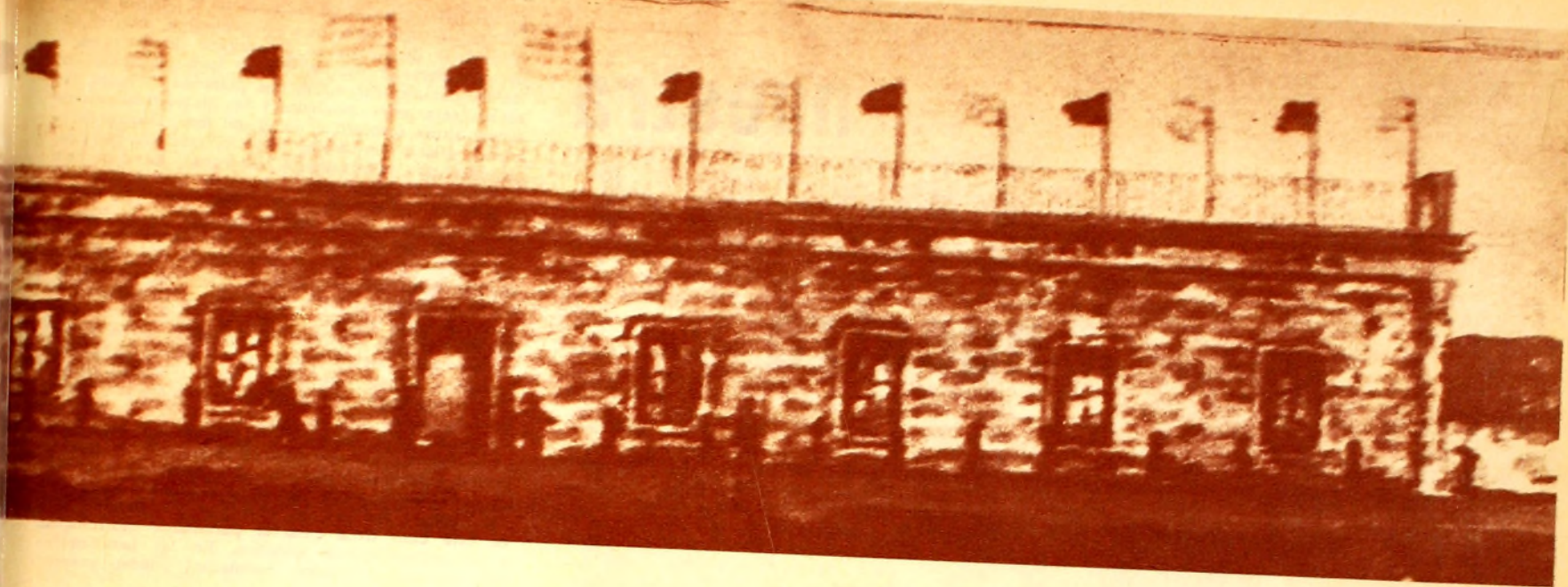
"Ya iban a marchar las comunicaciones cuando llegó el chasque conduciendo las tuyas datadas 13 del corriente Ud. debe retirarse, pero yo le paso la orden para ello luego que marche para Tacuarembó que será [en] breve (?). Ud. manifieste todas mis comunicaciones al Sr. Tente. Corl. Duarte para se imponga que las causales de su demora son reunión que debe Ud. hacer. Invite Ud. a las familias que gusten poblar en este paraje, que es el que les dará sitio en el Pueblo y chacara —además se auxilíará o se propenderá a su fomento según lo ofrecido el Gobierno. Cuando vaya mi orden para retiro irá la primera compañía a relevarlo. Entretanto haga Ud. que su tropa guarde la mejor subordinación respetando las órdenes del Tte. Corl. bajo cuyas órdenes se hallan. Sobre todo le encargo la mayor economía en las raciones, es preciso que la tropa se acumbra a pasar con las raciones que les son asignadas en lo demás ya he instruido lo bastante". (9)

Dos días después, desde el Arroyo de la Virgen envía el siguiente oficio al Gobernador Intendente:

"He regresado del campamento del Durazno donde impartí mis órdenes relativas a la reunión del regimiento; he oficiado a los jueces territoriales para que en caso necesario pidan los auxilios que precisó al Destacamento que he dejado en el otro campamento. Oportunamente comunicaré a Ud. cuanto resulte de la comisión que el Superior gobierno se ha servido confiarme". (10)

LA DELINEACION DEL PUEBLO

El 23 de noviembre se está delineando el Pueblo del Durazno. Quizás esta delineación esté a cargo



Villa de San Pedro

Felipe Sánchez, como lo asegura Juan Manuel de la Sota, pero no lo hemos podido comprobar documentalmente. En esta correspondencia que dirige el Cnel. Fructuoso Rivera al Gobernador Intendente desde el Campamento de Durazno, el 23 de noviembre de 1821, se encuentra la mención, al exponer las características y necesidades del pueblo a fundar:

"El Exmo. Sor. Capitán general me recomendó le remitiese un Padrón de los individuos que se hallan en los campos nombrados de los Marinos: en su virtud incluyo a V. E. el del Partido de Maciel y Sarandí, el de Timote aún no lo he recibido, y por esta razón se demoraría hasta el regreso de Tacuarembó. Espero que por conducto de V. E. será elevado al Exmo. Sor. Capitán Gral. el predicho Padrón. Ya está al concluir la delineación del Pueblo del Durazno, es preciso que Ud. se sirva dirigirme instrucciones sobre el orden en que se han de distribuir los terrenos sobre las restricciones bajo las cuales han de quedar sujetos los pobladores y que estas sean un estímulo o traba para que pueblen sus terrenos con brevedad. Además me adjuntará V. E. el orden o trámite que han de seguir los documentos de propiedad con que deban asegurarse de su posesión los Pobladores. Es sabido que los Pueblos de Campaña son compuestos de hombres de ella, por consiguiente nunca podrá formarse un Pueblo si a los habitantes de él no se les destina Campo, que se distribuyan en chacras para sus labranzas, y además necesitan un Campo o rincón si lo hubiese para que todos mantengan en él sus animales. En este paraje hay todas aquellas proporciones que exige la necesidad del destino, y por lo mismo espero que V. E. lo eleve al Sor. Capitán Gral. para que dicte sus órdenes sobre el particular". (11)

Esta delineación no significa el hecho concreto del establecimiento de un pueblo. Y que no es un acto fundamental lo corroboramos con la delineación y correspondiente plano del pueblo San Rafael del Caballero (1876) en el departamento de Durazno, localidad que aún aguarda su nacimiento en la geografía humana nacional.

Detalles ampliatorios han llegado a nuestro conocimiento a través de la correspondencia que dirige Bernardo Suárez, desde Fraile Muerto, el 6 de noviembre de 1821, al Gobernador Intendente Juan José Durán, en conformidad de lo acordado por la Junta Superior de Real Hacienda del 11 de setiembre de ese mismo año, comunicándole que se ha tomado una razón exacta de los moradores en campos de otros propietarios, por los Jueces Territoriales del Departamento a su cargo:

"La mayor parte de las familias que se hallan como errantes e intrusos en campos de ajena prople-

dad (en particular de las costas del Yí y Río Negro) son aquellas mismas que ya por sí, o ya por sus padres han sido agraciadas con terrenos por los distintos comandantes que mandaron esta frontera desde 1795 hasta 1811, así en los términos de este Departamento como a la parte Norte de Río Negro toda la faja de campo que hace términos con la Capitanía de Río Grande, y que la mayor parte de ellas vendieron sus campos sin haberlos poblado ni cultivado en forma alguna (sirviendo solo estas gracias de atraer moradores del territorio vecino que se hicieron de posesiones por un pequeño interés) a los cuales el sabio gobierno sabrá graduar los derechos que les asistan a nuevas gracias en las colocaciones que se hagan de realengos o baldíos que se encuentren en algunos lugares del Estado". (12)

UN PROLIJO CENSO DE CUADRA, EN 1822

Numerosas familias, al término de la guerra se habían establecido en la Costa de Cuadra. Lo atestigua Hilario Pintos al enviar, el 16 de abril de 1822 al gobernador Intendente, los padrones de dicho distrito:

"Incluyo a V. E. el adjunto Padrón de los vecinos de mi distrito, para que por él pueda formar una idea V. E. del citado número en que se hallan, pues no hace un año tenían cuádruple cantidad, que no se como han podido abastecerse de no concluir con todo, pero pueden dar gracias a las sanas y sabias medidas del Ilmo. Sor. Coronel d. Fructuoso Rivera, a quien todos están gratos, pues ahora conocen eran justas las reflexiones de dicho Sr. por las que piensan en lo sucesivo el registrarse, pues ven palpablemente el beneficio que les resulta".

En el resumen de dicho censo dice Hilario Pintos que su suma total era de: "99 varones, 108 mujeres, 5 hermanos, 3 hermanas, 127 peones, 90 varones, 42 mujeres, 2.624 caballos, 9.993 ganados. Población 145".

Esta es la nómina completa de dichos moradores de la costa de Cuadra:

"Salvador Bass, Manuel García, Eusebio Peres, Felis Lopez, José Moreno, Julian Jene, Manuel Cardoso, Jerónimo Leyra, Polinario Rodríguez, Francisco Ignacio Jara, José Rodríguez, Juan Tomás Ximenes, Gregorio Ximenes, María Mercedes Vera, Francisco Benites, estancia del finado Salvañac, Carlos Montiel, María Justa Bega, Silvestre Luna, Juan Ponce, Balta Oxeda, Salvador Gavino, Fernando Moreira (portugués), Albano Correa de Lemos, Antonio Tercero de Rocha, Estevan Juarasivi, José Mariano Cosens, Mariano Britos, Pedro Soria, Lucas Galarza, Juan de la

Rosa Peres y Valgrano, Pedro Benites, Eduardo Casarez, Miguel Núñez, Francisco Sabano, Pedro Antonio Acosta, Juan Estevan Gomes, Luciano Ayala, Francisco Barrios (soltero), Vicente de Melo, Santiago Mesa, Celedonio Dias de Meneses (intruso), Juan Estevan Sandoval, Donato Alvares, Zeferino Albornos, Mariano Núñez, José Antonio Inchausti, Juan Estevan Acosta, Manuel Antonio Mores, Antonio Joaquín de Fleita, Manuel Paes de Silveira, Antonio José de Trinidad, Manuel Bolen, Antonio José de Barrio, Juan Paes, Salvador Valiente, Evaristo Portes (arrendatario), Antonio José de Vargas, Daniel José Lemos, Antonio Valiente, Miguel Rodríguez Carvallo, Bernabé Martines Lemos, Juan Quirino, Juan Francisco de Sosa, Getrudis de Jesus, Manuel Antonio Ferreira y Juana Lopes". (13)

En este padrón notamos la presencia de Juan Quirino, Antonio y Salvador Valiente y Antonio José de Vargas, que posteriormente serían beneficiados con tierras en el hoy departamento de Rivera. En cambio las habían perdido, Baltasar Ojeda, María Justa Vega, Lucas Galarza, Pedro Antonio Acosta, Luciano Ayala, Juan Estevan Sandoval, Francisco Barrios y Santiago Mesa, a quienes el entonces Ayudante Mayor del Cuerpo de B'andengues D. José Artigas les donara predios en tierras nortenas, en el período 1807/1809.

Aníbal Barrios Pintos

CITAS DOCUMENTALES Y BIBLIOGRAFICAS

- (1) Huáscar Parallada: "Album Conmemorativo del Centenario de la Fundación de Durazno - 1821 Octubre 12 1921"; "Revelación y Destino del Durazno" (1951); Album "Durazno" (1905); "En la otra Banda del Yí" (1905). — Picado Abad, "La Mañana" de Montevideo, 16 de octubre de 1931. — "Diario del Plata" de Montevideo, 11 de octubre de 1931; Album del "Diario del Plata" (1930).
- (2) "En la otra Banda del Yí", obra cit., Pág. 98.
- (3) "Album Conmemorativo del Centenario...", obra cit., Pág. 24.
- (4) Escribanía de Gobierno y Hacienda. Exp. N° 84 de 1874, Fs. 141/142.
- (5) Biblioteca Nacional. Manuscritos Históricos del Uruguay, tomo 2, F. 202.
- (6) Juzgado Letrado de Durazno. Libro de Protocolos del Alcalde Ordinario don Joaquín Araújo del año 1837, F. 14. Copia del documento citado en A. G. N. — Fondo: Ministerio de Gobierno — caja 1088. También se menciona dicha Acta Supletoria en el documento de donación de un terreno en Durazno a doña Cayetana María Leguizamón, alias La Guayana. ("En la otra Banda del Yí", por Huáscar Parallada, Pág. 340).
- (7) Protocolo de la Escribanía de Gobierno — Año 1875, N° 128 — Contratos de Gobierno.
- (8) A. G. N. (A. G. A.) cajas 558, Carp. 4; 567, Carp. 1; 562, Carp. 3; (ex Archivo y M. H. N.) caja 14 y Libro N° 900 y Juzgado L. Dep. de San José, Libro 28, Oficios (1820-21), F. 623 y libro 29, F. 583.
- (9) A. G. N. (ex Archivo y Museo Histórico Nacional) caja 14.
- (10) A. G. N. (Archivo Gral. Administrativo) caja 558, carpeta N° 4.
- (11) A. G. N. (A. G. A.) caja 559, Carp. N° 4.
- (12) A. G. N. (A. G. A.) caja 558, Carp. N° 4.
- (13) A. G. N. (A. G. A.) Libro N° 372.

nuestra tierra nuestra gente

CUANDO se habla de llanuras de la Cuenca Platense, se hace referencia en general a todo el territorio de dicha cuenca desprovisto de serranías o de verdaderas montañas. No se hace distinción entre las llanuras anegadizas, las planicies elevadas, las zonas ligeramente onduladas y las masas tabulares de escasa altura respecto al nivel del mar. Dentro de la cuenca existen verdaderas llanuras, que son planicies sedimentarias relativamente modernas, de superficie horizontal o subhorizontal, a veces ligeramente ondulada; tal es el caso de una gran parte del Chaco, planicie aluvial, y una buena porción de la Pampa, planicie fundamentalmente de origen eólico, y en menor escala fluvial. Ya en la Mesopotamia argentina, ubicada entre los ríos Paraná y Uruguay, el carácter de verdadera llanura se diluye, y un sistema de cuchillas bajas ondula una buena parte del terreno. En nuestro país este carácter ondulado se incrementa, y surgen nuevas formas como mares de piedra, asperezas, sierras y cerros, y masas tabulares de escasa o moderada altura (cuchillas aplanadas, cerros chatos y cuesta basáltica).

Para evitar el empleo de la expresión planicie (que es sinónimo a llanura, en sentido estricto, aunque no por "definiciones de diccionario"), se utiliza para designar a los terrenos ligeramente ondulados (cuchillas, lomas, colinas) la expresión penillanura, que en este caso tiene carácter puramente morfológico, y no necesariamente genético. En las penillanuras (casi llanuras, o llanuras onduladas) pueden presen-

Mesa residual. (Meseta de Artigas. - Paysandú)



Borde de la Cuesta Basáltica (Lunarejo y Rivera)



Cuchilla de Otazo (Treinta y Tres)

tarse remanentes de relieves más abruptos y de mayor altura, en figura de mesas residuales, cerros y masas redondeadas "testigos", o empleando expresiones extranjeras: monadnocks, buttes y hartlinge.

En el sistema geomorfológico davisiano, el penillano (y prácticamente la penillanura) corresponden a la etapa final de un ciclo de erosión o ciclo geomórfico, transcurriendo el relieve por las etapas de juventud, madurez, madurez extrema, etc. Pero no todos los investigadores aceptan el sistema davisiano, y muchos prefieren utilizar la expresión penillanura sin darle un sentido genético, sino tan sólo morfológico o descriptivo.

Como en el Uruguay resulta difícil, y además prematuro, descifrar los ciclos de erosión, de acuerdo con el sistema davisiano o no, es preferible utilizar los términos penillanura y llanura (o planicie) en un sentido morfológico, aunque destacando el carácter sedimentario, con frecuencia reciente, de las llanuras propiamente dichas, y el carácter residual o producto de modelado, de las penillanuras, de suelo ondulado y con eventuales testigos de erosión o monadnocks. Resulta imposible (y anticientífico) limitarse al criterio puramente descriptivo; toda forma de relieve requiere interpretación, de acuerdo con el sistema davisiano o cualquier otro. En todas las ciencias las hipótesis interpretativas son permisibles, sobre todo si consiguen desempeñar un buen papel... y resulta lógico que tal cosa pueda darse en el campo de la geomorfología.

En el Uruguay, si se acepta cierto grado de generalización, existen varios sectores geomorfológicos, que en sus porciones más características ofrecen condiciones que los separan claramente unos de otros; lo difícil es trazar los límites entre tales sectores, aunque existen áreas donde tal operación es posible (por ejemplo, una parte del borde Este de la Cuesta Basáltica, donde la escarpa basáltica - areniscosa, puede verse muy bien en los bordes abruptos de la Cuchilla Negra, en Masoller, en Lunarejo, etc., y que también se presenta, aunque más irregular, en el Valle Edén).

Existen en el Uruguay planicies sedimentarias (en parte anegadizas y de superficie horizontal o subhorizontal) junto al Plata (Arazatí, Solís Grande Inferior, Santa Lucía Inferior, etc.) y en torno de la Laguna Merín y las demás lagunas del Este (Negra, Castillos, Rocha y otras). Junto al río Negro, y a lo largo de otros ríos y arroyos (por ejemplo el río Tacuarembó y el arroyo Cordobés) existen llanuras alveolares, comprendidas dentro del área de las penillanuras; una de las más extensas es la del arroyo Aceguá (afluente del río Negro) que reaparece junto a la cañada de los Burros, orientada hacia el río Yaguarón. En general todas estas planicies, grandes y pequeñas son modernas (con terrenos recientes, cuaternarios y del Terciario Superior). En ellas las distorsiones y demás movimientos tectónicos han sido escasos.

Las penillanuras comprenden zonas de cuchillas, que no son simples interfluvios sino que juegan un papel importante como divisorias efectivas de agua. Las del sector cristalino son generalmente redondeadas, mientras que las del sector sedimentario (en gran parte gondwánico) son aplanadas. El hecho que pueda existir una penillanura sedimentaria, obedece a que se trata de los restos de una masa tabular dislocada (curvada por plegamientos de fondo o de gran radio de curvatura, y a veces fallada), y luego modelada por la erosión, la que ha dejado como formas residuales los llamados cerros chatos, a veces con nombres colectivos como Tres Cerros de Cuñapirú; y cuchillas aplanadas que se alargan en figura de pro-

montorios ("trombas") de bordes con frecuencia escarpados, a veces escindidos en cerros (Once Cerros).

Dentro del marco de la penillanura sedimentaria, que ocupa el Nordeste del país, surge la que algunos han llamado "isla cristalina riverense" donde existen cerros y serranías redondeadas.

La penillanura cristalina, que configura el paisaje más típico del Uruguay, si bien es monótona, contiene intercalaciones de formas a menudo espectaculares, como mares de piedra (Sierra Mahoma, S. de Mal Abrigo, Cufre), asperezas, sierras y cerros agrupados o aislados (este último es el caso del Cerro de Montevideo). Dominan en ella las cuchillas, que de un modo directo o indirecto se entroncan en la Cuchilla Grande y sus ramas principales, las que juegan un importante rol en la separación de cuencas fluviales.

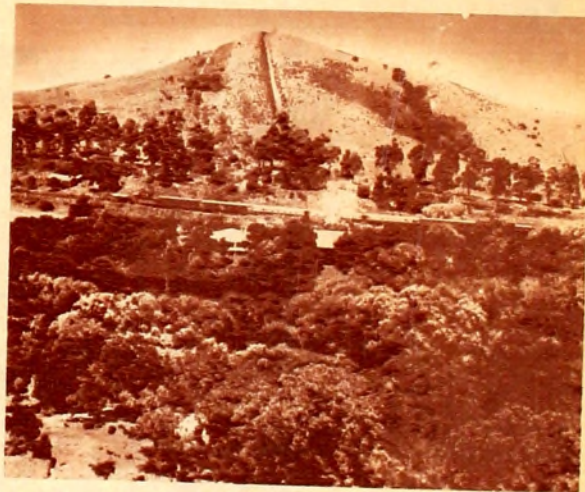
Parte de la penillanura uruguaya, en su sector Noroeste (Artigas, parte de Salto, etc.), se inclina suavemente hacia el río Uruguay, y presenta al Este un borde generalmente abrupto, en figura de línea de escarpas, muy irregulares, bastante erosionadas, pero con frecuencia altas, y con quebradas creadas por la acción fluvial en estructuras predominantemente columnares de la roca basáltica. Esta masa tabular de leve buzamiento y superficie toscamente ondulada, con paisaje a menudo "trappeano" (borde escalonado) consiste en una sucesión de napas basálticas, que intercalan areniscas "fritas" y vitrificadas (estas últimas, verdaderas metacuarcitas, altamente silicificadas y de filosos bordes). Este sector de la penillanura, tan característico debe ser designado Cuesta Basáltica, terminología que ha merecido el beneplácito de varios investigadores entre ellos el conocido geólogo brasileño Fernando Márquez de Almeida.

Finalmente y hacia el Este del país, la continuidad de las sierras y cerros de una parte de los departamentos de Maldonado y Lavalleja, permiten distinguir un sector geomorfológico de Serranías del Este. En cuanto a la región que bordea la porción final del río Uruguay, donde aparecen capas terciarias y cretácicas algo elevadas por epirogenia (en contraste con la Argentina), se trata de una planicie, levantada levemente en tiempos modernos, con barrancas muy expresivas junto al río Uruguay (Punta Gorda de Colonia, Los Loros, Fray Bentos, Ofir, etc.), y algunas masas tabulares cretácicas (Mesa de Artigas). El conjunto forma la Planicie Elevada del Litoral.

Jorge Chebataroff
(Especial para EL DIA)
(Fotos del autor)



Llanura rochense con palmares de butia

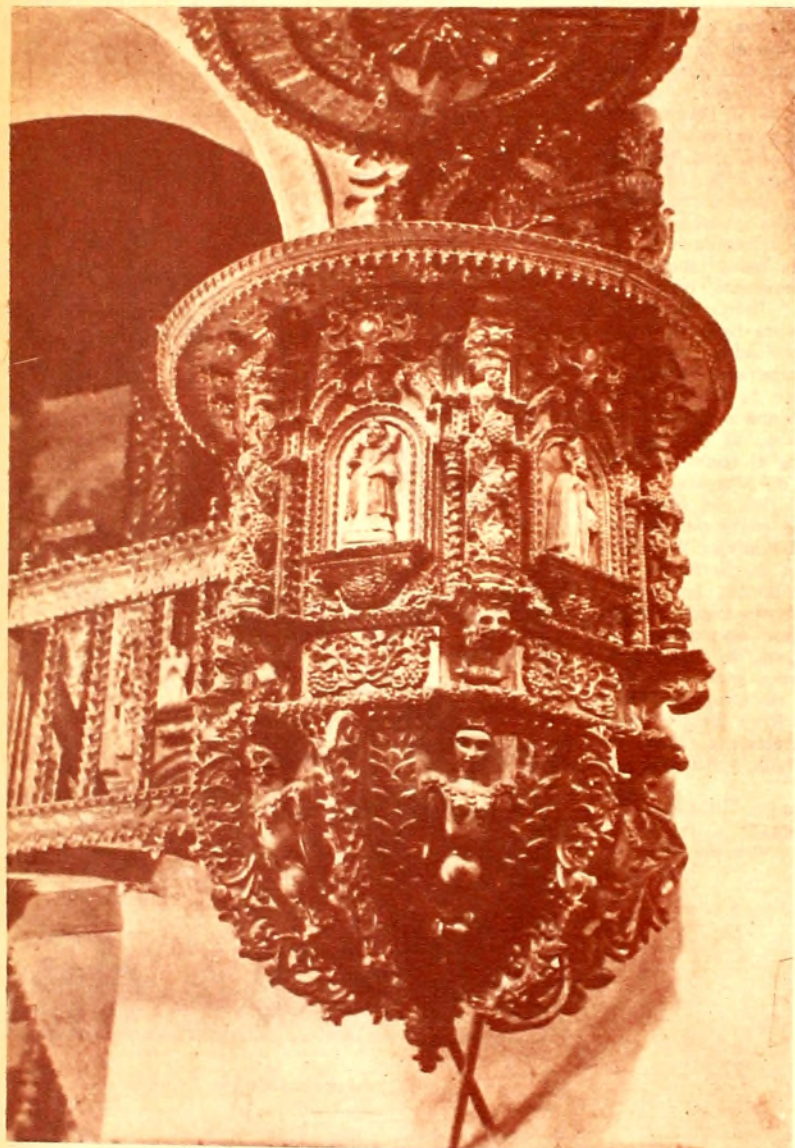


Abra de Perdomo (Maldonado) De origen epigénico



Cerro Chato, próximo a Tranqueras (Rivera)

2



**El indio
en el
arte
HISPANO**

A PESAR de la enorme gravitación de los maestros españoles, a pesar del predominio de los cánones eclesiásticos, a pesar de la incuestionable influencia de la cultura hispánica en las manifestaciones del Nuevo Mundo, en todos los órdenes, se sobrepujó la tremenda pujanza de lo autóctono, irrumpió con fuerza de naturaleza indomeñada el signo distintivo, visible, de la raza americana. El indio asimiló las nuevas ideas religiosas, bien o mal comprendidas; se sometió con más o menos aquiescencia a los moldes políticos del conquistador, absorbió hasta donde pudo la lengua y las costumbres de los señores de ultramar, se dejó moldear por una corriente cultural que hablaba de otros modos de sensibilidad y su temperamento evolucionó poco a poco, penetró en las enseñanzas con aportes propios, aflorando a la superficie en realizaciones que son la expresión más gloriosa del mestizaje.

En América se aclimató el exuberante barroco español, de *pathos* desbordado, y el indígena interpretó su esencia según su propia idiosincrasia concentrada, en cuyo trasfondo quedaban resabios paganos, más contenidos. Aquí y allá asomaron, entre santos de conmovedor realismo, entre exacerbados y patéticos Cristos en agonía, entre Virgenes que en algunos casos, como la Inmaculada de Legarda, parecen delatar una indefinida influencia asiática, cabecitas de ángeles con rasgos aindiados, que son toda una alegoría de esa fusión estética del arte hispano-indígena. El constructor, el pintor, el imaginero mestizos, modificaron bajo la temperatura de sus propias creencias, las técnicas y los modelos europeos. Y en los florones barrocos florecieron las mazorcas americanas, las espigas, las chirimoyas, las flores del cardón, y entre las líneas ornamentales treparon los monitos, los tucanes, jaguares y pumas, elementos, en fin, de nuestro continente, que el artista indígena no quiso olvidar, porque eran expresión genuina, invalorable, de lo suyo, rasgo telúrico con el que estaba rubricando la obra de arte del Nuevo Mundo.

La tremenda fuerza subjetiva del indio, al aplicarse a la creación artística, dio resultados sorprendentes. El esplendor de los templos virreinales de México, de Ecuador, de Perú, atestigua la grandeza del genio autóctono. Pero lo singular es la voluntad de retratarse en la frondosa ornamentación de las iglesias, de fijar sus rasgos humanos y rodearse de plantas, flores, árboles, animales, elevándolos a categoría estética.

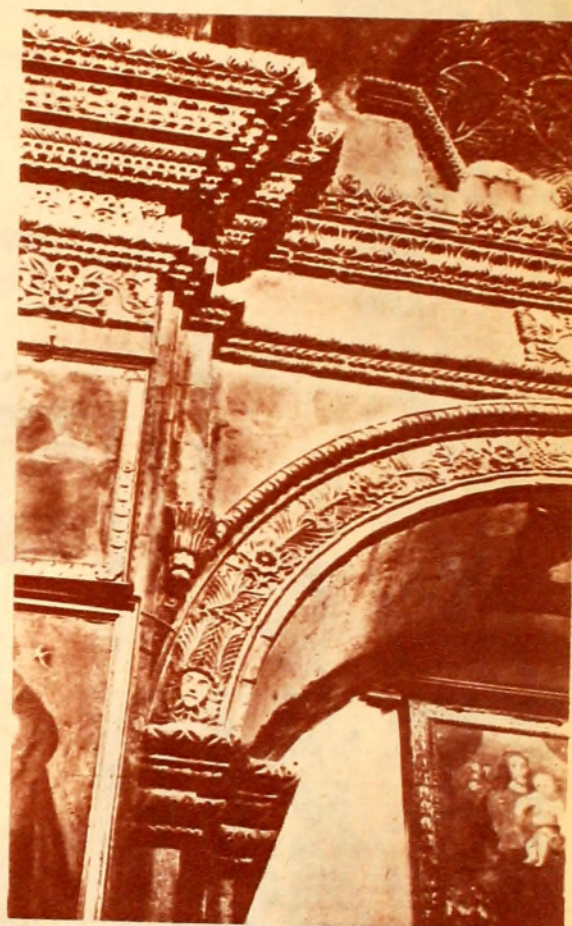
El indio no solamente dejó su impronta, pues, en los aspectos exteriores, forma, volumen, ritmos, acordes con su intimidad; la dejó, evidente, imperiosa, reclamando atención para el oscuro artista, en la concreción plástica de rostros y elementos naturales típicamente suyos. Se ve en los templos coloniales, cuando entre oro y plata y espejos, irrumpe una guirnalda de piñas opulentas, o cuando remata alguna pesada columna salomónica la cara atezada, de ojos oscuros y oblicuos, forjada por su hermano el obrero mestizo. Este hizo un mundo a su imagen, para acercarse mejor a la divinidad concibiéndola con medida humana; así, en los Belenes criollos, sorprende la talla de la Virgen con sombrero, a usanza campesina, o de pequeños cervatillos que dan su calor al pesebre, en reemplazo del buey y del asno tradicionales. La inge-

nuidad, la frescura elemental del alma primitiva, afloran en esas concepciones que incorporan en función de arte, los datos peculiares y vernáculos de sus creadores. Resulta curioso, encantador, ese encuentro de mentalidades, resolviéndose en un arte de fusión, que adopta y acepta el modelo extranjero, para impregnarlo de su propio espíritu. Hasta el Sol y la Luna que compendian la imagen cósmica, entre los incas, se incrustarán en la decoración de los templos cristianos.

Este cándido deseo del indio de crear a su manera la imagen depositaria de su fe, en ninguna crónica está referida con más vigor y arcaica gracia que en el relato de Juan de Alloza, que nos habla del humilísimo indio de Potosí, Francisco Tito Yupanqui, convertido a la religión cristiana con fervor genuino. A tal punto era en él verdadera la creencia, que procurando imitar a los maestros de los conventos, cuyos piadosos consejos obedecía en todo, pretendió modelar una virgen criolla, para arrodillarse ante imagen menos hierática y ajena que las soberbias tallas traídas de la Península; soñaba con una morena virgen-cita de trenzas y con poncho de colores, que llevase el Niño a la espalda, como sus paisanas. Y creyó que bastaba con la fe para esculpir la Virgen. Aquí empezó el calvario del pobre indio. Porque otros vieron blasfemia en lo que sólo era ingenua credulidad primaria. Con su hermano Alonso Viracocha Inca recorrieron las iglesias de Potosí para ver de cerca las imágenes, hasta que dieron, en Santo Domingo de la Candelaria, con la respuesta a sus anhelos místicos y estéticos. Intentaron copiarla en tosco barro, haciendo previamente en un lienzo "el pentaduro del emagen"; nada les satisfacía; rompían la obra y volvían a empezar, hasta el día en que por fin se sintieron más complacidos de su tesonera labor. Aun faltaba pintarla con oro, pero tal cual estaba la mostraron, expectantes, a varios pintores que, lo menos, opinaron que la Inquisición debía condenar al pobre Yupanqui por su herejía. No halló más comprensión en el obispo de Chuquisaca, a donde marchó con su escultura atadita a la llama; aquél amenazó con castigar al incomprendido artista diciéndole, según el infortunado lo relata: "No le quiero dar licencia para que lo seas pintor, ni que lo hagáis la hechura del Vergen, y si queréis ser pintor, pentadlo la mona con el mico". Entre burlas y amenazas se volvió el indio con su estatua a cuestras su fe en el pecho. Volviendo a su pueblo, se detuvo en un villorrio para beber unas copas con unos indios hallados en camino, pero fueron echados por la intemperancia del corregidor, que tras preguntar "para qué traían a casa ese difunto" y enterarse de la pretensión de Yupanqui, expulsó a los indios del pueblo. Debe de haber sido hermosa la noche serrana; los indios que habían quedado a la intemperie se pasaron gimiendo yaravies ante la virgen de barro. "Una luna de paz y de perdón ascendió entonces en la noche mariana, y su aureola de plata, tras la divina cabeza humilde, difundía por el valle entero la dulzura de una asunción inmóvil. Arrodillados a ambos lados de la escultura, dos llamas apoyaban la cabeza en las celestes manos". Un misionero que supo el prodigio, el padre Navarrete, intercedió ante el corregidor de Copacabana, y tuvo al fin su premio el indio voluntarioso. Cuenta la crónica que la imagen se embellecía de día en día, como retocada por los ángeles; era el triunfo del oscuro artista que logró hacer, del barro, sustancia de milagro. Y tanto y tan lejos llegó la fama de esta estatua divina, que la historia de la misma inspiró nada menos que a Calderón de la Barca para su comedia "La aurora en Copacabana".

Leyenda, milagrería, superstición, santidad, fanatismo, abonan por igual el arte que alimentó América con jugos vitales y raíz telúrica, en el cual asoma, anónima y genial, la mano creadora del indio de nuestro continente.

Dora Isella Russell
(Especial para EL DIA)



5

1) Angeles aindiados, racimos de uva, cabezas de jaguares, alternan con los apóstoles tallados en este magnífico púlpito de la Iglesia de la Merced, en Bolivia.

2) En este detalle del frontispicio lateral de la catedral de Pomata, que data del siglo XVIII, pueden observarse elementos fito y zoomórficos estilizados que se inspiran en la naturaleza americana. Clara reminiscencia de la concepción cósmica del mundo incaico, véase la imagen del Sol en la columna de la izquierda.

3) El mundo tropical ha invadido el templo cristiano. El indio llevó a la decoración la efigie de sus hermanos de raza —obsérvese la indiatide— y la exuberancia de la flora indígena.

4) La Virgen de Copacabana es un acabado ejemplo de la escuela mestiza popular. (Primera mitad del siglo XVIII). Su imagen, en bulto, tuvo el legendario origen que se refiere en esta crónica.

5) Otro detalle de la bóveda de la catedral de Pomata, muestra la estilización de elementos naturales entre los cuales asoma una cabecita con rasgos indígenas.

AMERICANO



Montevideo insólito



Restos de una vieja casa con pre-
stancia en la calle Misiones

Sobre Piedras, en la Cien-
cia Vieja, se mantiene esta pu-
ricamente moldurada



Vista particular de la calle Ansina



Entrada lateral del Hospital Maciel

rincones
ciudadanos



de una arquitectura ecléctica, ubicable en cualquier parte, que está en el edificio ocupado por la Sección de Enseñanza Secundaria; para muchos quienes frecuentan esta dependencia puede resultar extraña

(De una serie de notas sobre fotografías del Pr. Juan X. De Vries)

NOCEMOS bastante poco lo que más frecuentamos. Esta afirmación parece incongruente o absurda; pero es obviamente exacta, sin rebuscamientos. En otros términos, podría decirse lo mismo aseverando que valoramos menos, o disminuimos la entidad de aquello que ingresa al ámbito de lo cotidiano. Activamente, hay cosas que cuando constituyen parte ineludible del panorama diario, quedan de lado, así, ajenas, se mantienen hasta que alguien nos llama la atención, o hasta que las descubrimos. La misma circunstancia es, también, la mejor; pero no la más frecuente. Pero si acontece, difícilmente quedan en el olvido.

Destaquemos algunas consecuencias inmediatas de lo precedente. No nos hemos liberado, en general, de esquemas calificadorios rígidos. Existe lo importante como consta que existe el sector contrario; lo menor, prescindible o íntimo. Tales limitaciones intervinen en varios órdenes de la vida. Por lo que se refiere a las obras de arte, la buena promoción, la propaganda, la difusión de ejemplos, el comentario envidioso, la exégesis, todo ese aparato ha elaborado un departamento de intocables, de monstruos sagrados. Sobre que, muchas veces, lo son; valen la pena; imitan de verdad. Porque no siempre se yerra en los temas; porque no en vano se depura el juicio afirmandose la estima estética.

Grave es, en cambio, que por saber que debemos mirar a determinados autores o a ciertas obras de conocida entidad, se nos priva de mejor descubrir valores. No vemos; reconocemos; no nos admiramos; acatamos la admiración.

Lo mismo acontece con las ciudades y con los productos del diseño, todo ligado a intereses de diversa índole. El plan o propósito de exaltar, está, muchas veces, sustentado por la habilidad de las fotografías. Porque la fotografía es, en principio, documento; pero detrás del objetivo hay un ser sensible el enfoque y las posibilidades técnicas son muchas; el buen realizador resulta capaz de enriquecer esta lo mediocre. Pero esto no quita que, asimismo, el objetivo de una máquina bien orientada, bien rigida, animada y vivaz, el que separa hechos relevantes de algún conjunto chato; los ubica y no los trega.

Esto lo hacemos, a veces, viajando; cuando queremos asir lo más íntimo, lo más sutil y vario del misterio que envuelve a las regiones o agrupaciones urbanas; eso que se da más allá de los monumentos más acá del prestigio histórico o estético.

Buen viajero es aquel que gusta los sitios que visita y apura con avidez su condición distinta o climática; quien pasea como paladeando el espacio urbano, el rincón insólito, el detalle edilicio, el contraste de un árbol frente a la piedra o el reflejo en el agua cambiante. Si las atrapa con su máquina,

sabe que no suplirá la vivencia que sólo a él corresponde, pero tendrá algunos elementos objetivos, poco frecuentados por las ilustraciones corrientes que lo ayuden a transmitir la emoción sentida y el alcance de su experiencia.

Advierto que la propuesta antedicha no es corriente; que más normal es otra actitud; la de recoger visualmente, a tamaño natural, lo aprendido por libros, guías o consejos turísticos. Y si esto acontece para quien se traslada a ciudades importantes, de real prosapia, de solera inquietante, ¿qué decir que la relación que solemos tener con lo nuestro, con lo habitual, con esta realidad de todos los días, en el quehacer montevideano?

Pues no nos damos cuenta de que existe algo rescatable; pero sí podemos lograr, también aquí, experiencias distintas; y válidas.

Damos por sobre entendido que la actitud que habitamos carece de carácter. Y tenemos razón, como propuesta general. Afortunadamente no somos chauvinistas; podemos pecar por torpes, pero no extremamos ni los yerros. También agregamos, de inmediato, que algunas partes, ciertas zonas, merecen la pena; que se mantienen con cierta altivez rica.

Nos consta que un gran conjunto de edificios no siempre adquiere la categoría de ciudad; que este atributo tampoco se mide por cantidad de habitantes. Sabemos bien que el pasado es poco; que la historia es rica en hechos, en ideas humanas; no nos respalda ni una cultura autóctona, ni merecimos ser asiento del desarrollo colonial más espléndido. Poco quedará, entonces, de esa trayectoria, en los edificios o espacios, que podamos comparar con otros del mundo, incluida América. Y que, en tal sentido, debemos admitir nuestra minoridad comparativa. Pero al aceptar lo dicho, no habrá que renunciar, por ello, a que exista, dentro de lo relativo de la propuesta, testimonios de valor; que entre lo aparentemente obvio, también se han logrado singularidades. Y que si no siempre contamos, para la edificación antigua, con grandes arquitectos nacionales o extranjeros, los aparejadores y maestros de extracción mediterránea que llegaron hasta aquí sabían su oficio, que tenían sensibilidad, que lograban. Y que hubo, entre quienes hacían encomiendas, aquellos que sabían importar objetos; partes de decoración, elementos de adorno; perfiles. Incluso, calcos o copias en serie de molduras o rejas. Y que todo ello se ha impuesto por sobre alguna exaltada coyuntura histórica, en su pristina condición de casas, de rincones o partes. Están diseminados por ahí; a veces, en barrios. Van quedando, pese a todo. Y se imponen por presencia. Esto es algo; quizá más de lo que parece al decirlo. Lo que pasa, también, es que solemos excedernos en la distracción del quehacer; que pasamos por los sitios, sin ver; que observamos, tan sólo sin poner en marcha el complejo motor de la percepción. Pero si nos sacudimos de esa modorra de ser o seguir siendo podemos descubrir.

Pues bien: un profesor de nuestra Universidad Juan X. De Vries especialista en Química Orgánica, investigador serio y reconocido, merece señalarse, también por su particular dedicación a la fotografía. Y en esa tarea —más sacrificada, atenta y encendida de sutilezas de lo que se supone— ha llegado a obtener algunas tomas de lugares y detalles edilicios o aspectos de la actividad corriente en este Montevideo de todos los días que llega a mostrarlo como Montevideo insólito. Varias de las muchas imágenes logradas con su máquina van a ilustrar esta serie de notas que hoy comenzamos a publicar.

El buen encuadre, la esperada luz óptima, el enfoque, separan, aíslan, zonas, partes; o evidencian una instancia singular. Son documentos; atrapan realidades; pero constituyen una realidad que desconocemos o no hemos advertido. Me consta que si reuniéramos un conjunto apreciable y bien contrastado de estas imágenes podríamos lograr un opúsculo gráfico con el que se definiría una ciudad diferente; que hasta filiaríamos con otras.

En la realidad exacta, las formas pueden ser imitativas, o de materia deleznable; pero al enfatizar el detalle, se supera la tendencia decadente a la que, quizá, como hechos, respondan. Y esto lo afirmo sin tomar en cuenta el valor artístico de la fotografía en sí que lo tiene.

De alguna manera, importa que se divulguen; porque pueden ayudarnos a mejor ver; puede que nos sirvan para incentivar la atención. Y que, al demostrarnos sin piedad la limitación de nuestras posibilidades sensoriales de captación, ayude a que seamos más humanos. No siempre lo importante está en la perfección; ni el ansia emocional se satisface por prestigios decretados. Lo menudo, lo bien recatado, es otra espléndida fuente de gozo; y con el ejemplo se indican posibilidades para la aventura del vivir hoy y aquí.

Arq. F. García Esteban
(Especial para El DIA)

Una puerta antigua, rica en sugerencias; se ubica en la calle Maciel

Podría pasar por vestigio colonial de alguna región apartada e ilustre; es una reja en la Aguada



Otra rica aventura de vanos en ciertas fachadas de la zona portuaria

El lazareto de la Isla de Flores

LA humanidad ha sufrido en los siglos pasados el azote de tremendas epidemias, de las cuales han quedado registros que llenan de angustia, ante la impotencia de las posibilidades científicas de la hora.

Una de ellas ha sido el cólera o morbo asiático, llamada así por haberse manifestado en forma masiva y violenta en las orillas del Ganges. En las tres ciudades sagradas de Gangadwara, Yugurnath y Congeveram, reuníanse cada año millares de peregrinos salidos de puntos muy distantes, trayectos que cubrían a pie bajo un sol canicular. Las malas condiciones físicas con que llegaban a destino, unido a la falta de agua potable y a la acumulación de inmundicias, determinaban la brotación de la epidemia que arrasaba a las multitudes. En las fiestas de Gangadwara de 1783, más de 20.000 personas murieron en ocho días.

En 1823, según información, el cólera hizo su aparición en Europa, en Astrakán, y en los años 1830, 1846, 1865 y 1885 cruzó el continente, dejando terrible memoria de su paso.

Mal eminentemente infeccioso, no era dable tenerlo ni siquiera en las fronteras de un continente; los viajeros lo propagaban allende los mares a través de los cuales llegó a América cuyos países tropicales, sobre todo, presentaban condiciones favorables a su desarrollo. Entre nuestros vecinos, el Brasil fue el más azotado en la centuria transcurrida. Su tránsito a los países del Plata era fácil. Según testimonio del Dr. Eduardo Acevedo, desde comienzos de la guerra de la Triple Alianza empezó a extenderse en el campamento aliado. Anota el Coronel Palleja, que en octubre de 1865 habían fallecido 5.000 soldados brasileños por la fecha que llegaban a Montevideo 300 soldados más atacados de diversas enfermedades contagiosas y en Europa la epidemia asolaba las costas del Mediterráneo. A mediados de 1866 llegó a nuestro principal puerto una barca procedente de Génova con cólera a bordo.

En octubre del año siguiente el mal recrudeció, sobre todo en Buenos Aires, que vio fallecer al Vicepresidente argentino, Dr. Marcos Paz. De aquella capital y a causa del tránsito clandestino de pasajeros, pasó a Mercedes y luego a Montevideo, donde se tomaron todas las medidas precaucionales posibles. La Junta de Higiene hizo pública una cartilla de instrucciones redactada por su Secretario, Dr. Elbio García Wich, quien también falleció víctima del mal y de su altruismo.

La necesidad de prevenir la propagación de la epidemia mediante el aislamiento del enfermo o presunto enfermo, hizo que el Gobierno llamara a propuestas para la construcción de un lazareto en la Isla de Flores, donde se cumpliría el aislamiento cuarentenario.

Las obras debían constar de tres órdenes de cons-

trucciones: en la llamada "primera isla" —o sea: la parte más occidental— debían levantarse las destinadas a las oficinas administrativas, alojamiento del comando y los adscriptos a las "cuarentenas limpias"; en la "tercera isla" —la parte más oriental— se levantarían los edificios del "lazareto sucio", los hornos crematorios y cementerio.

En la primera isla, además, estaban los almacenes, depósitos de ropa y alojamientos del personal.

Preocupación especial mereció el aprovisionamiento de agua. Para recoger la proveniente de las lluvias, se construyó un aljibe cuyo contenido se veía disminuido en épocas de sequía. En ese caso, se enviaban desde Montevideo pipas de agua que se arrojaban al mar si el tiempo no permitía amarrarse al muelle. Luego eran recogidas por la embarcación existente en la isla. En octubre de 1872, la Capitanía del Puerto de Montevideo, ofició al Comandante del Lazareto, que lo era el Sargento Mayor Manuel Rollano, que debía informarse bien acerca de la existencia de unos manantiales de agua potable que se decía haber en la isla, a fin de aprovecharlos, dado la escasez de agua. Si la información era satisfactoria, se enviaría una bomba para trasegar el agua de aquéllos al aljibe.

En junio del mismo año, otro oficio de la Capitanía del Puerto hacía saber al Coronel Mauricio López de Haro, Comandante del establecimiento isleño, que se remitían 4 bolsas de carbón de leña y un paquete de azufre "para que los arrojen dentro del aljibe con el fin de purificar el agua. Las cuatro bolsas serán arrojadas conforme van cosidas... buscando que no caigan amontonadas y después se echará el azufre desparramado en diferentes partes".

En lo que se refiere a la alimentación, era suministrada bajo pago por los cuarentenarios procedentes de la primera clase del vapor afectado. Una instrucción del mes de abril de 1872 nos informa del menú: constaba el desayuno de café o té y un pan; el almuerzo consistía en "olla o puchero con sopa de arroz o fideos y un guiso. Té o café, pan y vino". Cena: té y pan.

Puesto que la cuarentena se hacía efectiva sobre todo el pasaje de una nave, más de una vez hubieron de alojarse en la isla distinguidos viajeros, a veces políticos y diplomáticos que tenían la necesidad de comunicarse con sus respectivos gobiernos. No sólo se autorizaba el uso del telégrafo instalado en la isla, sino que se contrataba los servicios de un barco para el transporte de la correspondencia. En diciembre de 1886 se contrataron los servicios de Cayetano Pino con su vapor "Sorpresa", a fin de efectuar el servicio de correos entre la Argentina y Montevideo. La correspondencia debía ser tomada del pontón faro de Punta Indio y llevada en primer término al lazareto de Flores para su fumigación. Allí se debía recoger

la que hubiese en la isla, también convenientemente fumigada.

En repetidas oportunidades, el establecimiento fue utilizado como prisión o lugar de reclusión. El Capitán del Puerto Don José M. Solsona prevenía a las autoridades del lazareto en 28/IV/872: "Varios cuarentenarios en número de 250 más o menos, es preciso acomodar en dos cuerpos de ese lazareto. Si con la gente que ha ido ayer ha ocupado V. S. los cuerpos, reduzca V. S. la gente a uno solo y las necesidades de mala vida de que le hablé a V. S. en mi carta de ayer, colóquelas en una o dos piezas de la casa de veeduría...".

Otra nota de noviembre de 1876 firmada por Ventura Silveira hace saber al Jefe del lazareto por orden del Presidente de la República se resuelve "para que sea confinado y mantenido en la más absoluta incomunicación en la 3ª isla, el individuo Alejandro Alcature del Salto, quien ha violado las disposiciones vigentes, clausurando nuestros puertos a las procedencias argentinas".

Entre los viejos papeles de nuestro archivo estamos consultando para esta nota, encontramos una de Lorenzo Latorre dirigido a un Dr. Palacios, que expresa: "Deseo que si el enfermo que ha ido a la Isla sucumbe, sea Ud. quien haga una escrupulosa autopsia que nos demuestre acabadamente si ha sido un caso de fiebre amarilla, como lo aseguraron los médicos, o no. Puede Ud. estar convencido de que de la opinión suya que tengo en mucho, depende la tranquilidad de la población, y la mía". La carta lleva fecha 4 de marzo de 1878.

*

No es difícil imaginar la vida de los cuarentenarios durante el período de forzoso confinamiento en una isla que, por su pobre naturaleza, ofrece tan pocos atractivos. Angustiosa sería para los enfermos; tediosa para los sanos, que debían, sin embargo, esperar el fin del período precautorio. Unos y otros viendo transcurrir los días y las noches en la inacción y el silencio sólo alterado por el murmullo del mar en las rocas, siempre igual. En estas condiciones espirituales, se entiende bien los mensajes escritos o traducidos en dibujos simbólicos grabados en las baldosas rojas que coronaban amplia balaustrada de la primera galería. Corazones, labios entreabiertos, emociones, mensajes de salud y despedida; exteriorización de melancolías. Allí estaban, grabadas con cualquier instrumento punzante en las rojas baldosas que ya alguna vez había comenzado a destrozarse en el día de nuestra última visita a la isla.

Sería lamentable que desaparecieran de allí, su marco; del ambiente en que fueron escritas con el corazón guiando la mano.

Homero Martínez Montero
(Especial para EL DIA)



Pabellones existentes en la primera isla (extremo de mayor elevación en la parte occidental)



Detalle de los restos actuales del "lazareto sucio"



Base de los carriles que aseguraban la comunicación entre la segunda isla — parte central— y la "tercera" (extremidad oriental)

Mis amados
recuerdos

Don Juan Zorrilla de San Martín



Junto a don Juan Zorrilla de San Martín, Juana el día de su consagración como "Juana de América" (Archivo de Dora Isella Russell)

CUANDO recuento mis amados recuerdos, ¡cuántos rostros olvidados adquieren de pronto, en mi memoria, contornos, morbidez y sonrisa; cuántas ya definitivamente calladas, vuelven a darme gravedad o su música; cuántas presencias vuelven a mí, intemporales, con la frescura del momento que una circunstancia especial las fijó en mi mente! Tratándose de don Juan Zorrilla de San Martín, recuerdo es de una continua y tierna florescencia. Conoció en su estampa eterna (el jaquet, la galera felpa o el espeso cabello peinado hacia atrás, la rizada barba recortada en punta) y creo que a todos uruguayos les sería muy difícil, tener de él, otra. Está en el monumento de su hijo José Luis, así el corazón de todos los orientales. Para don Juan Zorrilla de San Martín cultivé, durante años, los mejores claveles de mi colección de estas flores. En un rincón de la azotea de mi casa de la calle Comercio, vivió mi espléndido tesoro. Sobre la mata gris el brillo de los colores espléndidos era como una magenta y rizada concreción de la luz, ya roja, ya rosa, blanca o moteada de oro con todos los matices de una nube de fragancia permanente cerniéndose sobre las cuarenta y tantas macetas de barro de mi colección floral. Los primeros claveles abríamos —significaban afán, dedicación, cariño— para él. Y allá iban todos los años, a su histórica casa de Punta Carretas, hoy "Museo Zorrilla de San Martín", las dos o tres macetas cuyas plantas habían tenido el privilegio de florecer antes que las otras. Desde que empezaban a desmenuzarse de su estructura del capullo, las corolas mágicas ya pertenecían al gran bardo. ¡Destino maravilloso! El las recibía felices de esa belleza y de esa ofrenda con tanta significación de acatamiento. Aún en la familia recuerdo mis claveles.

El 10 de agosto de 1929 un grupo de jóvenes me organizó en el Salón de los Pasos Perdidos del Palacio Legislativo, una fiesta inolvidable. La

presidía don Juan Zorrilla de San Martín. Sentado a mi derecha, en uno de los fastuosos sillones del Palacio, el poeta grandioso y menudo, lucía como siempre su dulce e imponente señorío. Santiago Cozzolino, el orfebre, había cincelado el anillo de oro simbólico que me ofrecían los poetas. El ambiente era solemne, con la muchedumbre, los himnos, los delegados de toda América, y otro hombre de estatura física pequeña, pero también magnífico y grandioso: Alfonso Reyes. Yo me había puesto mis mejores galas, y una parienta de mi madre, Marieta Velasco de Suárez, generosamente, había deslizado en mi dedo anular una espléndida almendra de brillantes, fastuoso regalo de casamiento de su opulento primo Claudio Merto. Como siempre, la familia trató de engalanarme para que brillase en mi calidad de personaje de la hora. Siempre sucede así, candorosa y amorosamente. Yo estaba muy ufana con mi furtiva almendra de brillantes.

Y, a través de discursos hermosos en que la generosidad juvenil iluminaba las palabras, llegó el momento culminante, el de la entrega del anillo. El Dr. Zorrilla de San Martín fue designado para ello y lo hizo con unas palabras breves y muy hermosas que me quedaron gravadas en el corazón:

—Este anillo, señora, significa sus desposorios con América.

Me quedé con los ojos llenos de lágrimas y él depositó, junto con el anillo, un beso sagrado en mi mano. El himno de Ascone, coreado por la multitud, rebotaba en el bosque del artesanado, traspasaba las cúpulas del Palacio marmóreo y se expandía en la pura y fría noche de agosto sobre la muchedumbre agolpada afuera, pues no había lugar adentro para los miles de personas que habían querido participar de esa inusitada fiesta de reconocimiento de la poesía de una mujer.

Pero de pronto miro mi mano izquierda y me asalta un temblor: ¡la almendra de brillantes! Recordé que mi glorioso padrino de bodas la había sacado de mi dedo para poner en su lugar el otro, menos valioso intrínsecamente, pero de un significado intasable... Un poco intranquilizada, le susurré al oído:

—Doctor Zorrilla, ¿dónde está mi otro anillo?

El me miró un poco lejano, un poco robada la atención por lo grandioso de lo que sucedía a nuestro alrededor, y me contestó ligeramente:

—No lo sé, señora mía.

Sentí como si algo, helado, empezase a rodearme, y como si algo, oscuro, nublasen el brillo de las luces

innumerables. Me volví hacia otra persona, y, trepante, le conté en voz baja lo que me pasaba.

—No se preocupe —me contestó bondadosamente, aunque con un pequeño aspecto de alarma—. Tiene que estar por aquí no más. Lo buscaremos.

Y mientras la ceremonia seguía desarrollándose en toda su grandeza, el episodio inesperado, dramático para mí, que no hubiera podido adquirir para devolver a su dueña una joya que representase la veinteaava parte de su valor, también seguía, simultáneamente, su desarrollo escalofriante. Preguntas a todo el mundo en torno nuestro, nuevas interrogaciones al Dr. Zorrilla, y, bajo la música inspirada de Ascone y de Socorrito Villegas, el tamborileo desesperado de mi corazón. Disimuladamente nos fuimos parando para buscar entre el asiento tapizado de los sillones en que nos sentábamos. Y de pronto una mano bendita, puso en el hueco de la mía, que temblaba, la joya burlesca, la de un minuto de pacto travieso con los duendes. En mi propio sillón, entre el respaldo y el asiento mullidos, se había escondido la almendra de brillantes de mi elegante y generosa parienta. Un ángel me quitó de sobre el pecho un lingote de bronce. Alguien me aconsejó con voz feble:

—Dése un poco de "rouge" en las mejillas, disimuladamente, si puede. Está usted demasiado blanca.

Pero ya la sangre volvía a golpearme briosamente las leves paredes de las venas y el color debió tornar solo, por ese único milagro, a mi cara, pues en esa época yo no llevaba elementos de maquillaje en mi cartera y me hubiera sido imposible disimular la palidez. Aquellos minutos de agonía pasaron inadvertidos a los millares de personas fervorosas que me rodeaban. Bajo un divino mazo de violetas que alguien me puso entre los brazos, mis pobres manos temblaban. La joya exquisita volvió triunfalmente a poder de su dueña. Nadie supo, entonces, que aquella maravillosa hora de gloria fue, a la par, una miserable hora de angustia infinita para mí. Y mi egregio padrino pasó por sobre ella como llevado en andas por los ángeles. No conocí el caso hasta mucho después, cuando ya los dos podíamos filosofar tranquilamente sobre las "dos carátulas" de la vida, comentada por el genio de Paul de Saint-Victor.

Juana de Ibarbourou

QUIZAS, lector, tú seas enemigo de la caza. Para ti, tal vez, cazar sólo signifique una actividad condenable, igual a tantas otras que el hombre, pecador al fin, viene practicando desde que el mundo es mundo, se conoce que por no haber sabido quedarse quietecito como un árbol, ensimismado en el más puro éxtasis contemplativo, en el más incruento ideal vegetariano. Es muy probable, lector, que en esta actividad solamente veas la pieza muerta y la intención agresiva del cazador; si es así no es de extrañar que tomes como fin absoluto lo que es sólo fin relativo, haciendo prevalecer el punto final de la faena venatoria al extre-

Los rastros del cazador

mo de que todo este quehacer quede teñido por el violento color de la sangre derramada. Piensas que cazar, como un deporte cualquiera, es ejercicio que el hombre puede dejar de hacer o suplantarlo por otra actividad, como si hubiese, en el repertorio de las ocupaciones humanas, algo que poseyera idénticos atributos. En tu horizonte sentimental aparecen, huyendo despavoridos del hombre, los pobres animales que ayer con la flecha y hoy con la bala han caído ante la ofensiva devastadora del cazador de todos los tiempos. Como menester de pura violencia, sin causa que lo justifique, fácilmente renunciable, se ofrece ante ti, si no aprietas nada más que un poco la tuerca del pensamiento, el hecho este del oficio venatorio. Si tu apasionamiento no alcanza límites alarmantes, haces la excepción con los animales llamados dañinos o peligrosos, personajes para quienes la literatura ha reservado desde antiguo los más desagradables papeles del reparto. Posiblemente, a fuerza de tomar las partes por el todo, creas que la caza puede ser juzgada con las pautas de una ética general, unilateralizando las cosas al punto de llegar a prescindir de la parte que el animal pueda tener en la relación venatoria. Claro es que tu imagen e impresiones vienen acuñadas por la imagen grosera, infatuada, desaprensiva del "cazador" al uso. Nuestras palabras de hoy, y las de ayer, que no pretenden catequizar a nadie, conste, tienden a bosquejar el oficio y la figura de quien lo ejecuta, de acuerdo a unas normas éticas y estéticas que, como dijimos en nuestro artículo anterior, deben presidir, jerarquizando, todos los modos posibles que configuran el nada sencillo trinomio de la venación.

Es indudable que el "cazador" que se jacta de las piezas cobradas, relatando como una gracia el final de las mismas, haciendo hincapié en la precisión de los impactos o la manera de ultimar a las heridas, merece tanta lástima como desprecio. Hay cosas que el pudor y el buen gusto nos obligan a silenciarlas, a ser herméticos como tumbas, cosas que no se pueden nunca decir ni acaso pensar. En el drama realista de la caza, que el hombre coprotagoniza desde antes de ser hombre y cuyos vectores morales no caben sin duda en las pocas y apresuradas palabras del apasionamiento, ya sea en favor o en contra, intervienen factores de índole tan profunda como particular, que sólo a la luz del análisis filosófico pueden vislumbrarse sus entresijos. Ortega, en su ensayo sobre la caza, posa su mirada en todo el ámbito del término, lo recorre íntegro, esclareciéndonos conceptos, regálándonos definiciones, en un haz que, desglosado, comprende los siguientes capítulos: *el problema de la diversión; caza y felicidad; la mismidad de la caza; la escasez de piezas; el perro en la caza; caza y ética; caza y razón; vacaciones de humanidad*. Frente al análisis de Ortega y Gasset el cazador se siente más cazador, y el que no lo es, o, inclusive, no simpatiza con esta ocupación, se siente transportado de la mano del conocimiento hacia un mundo de insospechado y riquísimo contenido, o rectifica a partir de la lectura sus conceptos, convencido en la buena lid de las palabras verdaderas.

Para el vulgo el buen cazador es aquel que en igual número de salidas que los otros obtiene mayor cantidad de piezas. Esto que a la larga puede ser verdad, pero que no es necesariamente cierto, califica al cazador por los resultados, dejando intacta la figura del hombre que pretende calificar.

Buen cazador es el hombre que libre en su accionar, limita motu proprio la superioridad de los medios y métodos ofensivos, haciendo cada vez más difícil su actuación. Esto no quiere decir que invente artificiosamente los escollos ni se proponga, por ejemplo, patearse media docena de cerros en busca de una presa cuyo habitat sea el campo abierto o el bañado. Tampoco significa que salga a cazar patos con un montecristo 9 mm, o perdices al vuelo con un rifle



Gato montés cazado en el campo de Nicolás Solari (Costas del arroyo Tarariras, Dto. de Maldonado)



El "quiya", más conocido por el nombre de nutria (la verdadera nutria vendría a ser el llamado lobito de río) asomando a la orilla del arroyo Tarariras, en el Dpto. de Maldonado

22. El buen cazador es el hombre que no se abusa, pero que en el momento de apretar el gatillo lo hace con el arma adecuada y dentro del área de tiro, teniendo siempre presente que antes que herir es mil veces preferible errar. Las limitaciones que el buen cazador se impone son de otro orden y muy variadas; es imposible hacer una reseña detallada de ellas, porque como no se puede generalizar, en vista a la pluralidad de medios, características y sistemas que el ejercicio de esta ocupación supone, de acuerdo al hombre, al lugar, y al tipo de caza que se pretende cumplir, siempre nos quedaría otro tanto por exponer y mucho por averiguar. No obstante, y de pasada, señalemos algunas: en la llamada caza mayor, verse obligado a la aproximación, es decir, no disparar desde

distancias que más se parecen a operaciones de control remoto que al natural enfrentamiento con la presa —sin miras telescópicas o con armas de buena potencia libre, pero de reducido alcance se establece por sola la limitación—; preferir, por más franca, la caza al rececho que al acecho, sin que esto signifique descartar en ciertas circunstancias esta modalidad; no parar sobre el animal en movimiento antes que en reposo y de ninguna manera hacerlo a boca de tiro y cuando está dormido; no cazar a la encandilada; cazar a insancias de cierto utilitarismo —la caza del cuero—, en forma siempre discriminada —¿qué abate la pieza que no hemos de utilizar?—; la función de las necesidades inmediatas o del plan visto —si somos seis a la mesa y traemos ya perdices en el mortol, ¿para qué seguir cazando mañana podemos salir de nuevo?

La caza no debe poseer jamás carácter de afición, ni el cazador en ningún momento debe ser considerado como matador. Este de matar es un verbo que no debe figurar en el diccionario parlante del buen cazador. Con esto no se pretende tapar el ojo con un arnero, como comprenderá el lector más experimentado, sino evitar que recaiga sobre la totalidad del término, un calificativo que sólo se refiere a una instancia del proceso venatorio.

Hay siempre una especie de sentimiento de culpa que gravita, con peso diferente, sobre la conciencia del cazador. Este sentimiento se atenúa en parte cuando la cacería exige del hombre un esfuerzo físico considerable, o cuando el animal perseguido viene de hace días burlando la persecución. Cazar sin esfuerzo, no es cazar; cazar sin esfuerzo puede ser caza de blanco, en el mejor de los casos, o algo muy parecido a la ganadería. La escasez de piezas, su imprevisibilidad, la dificultad de detectarlas, y las leguas del variado paisaje que hay que recorrer, son quizás los mayores incentivos de esta vocación. La satisfacción como en muchas cosas de esta vida, va en razón directa al esfuerzo realizado. Por eso categóricamente descartamos el uso del automóvil en la cacería y en la forma europea de cazar en base a ojeadores y batidos, res que le sirven poco menos que en bandeja a la persona a quien no ha hecho nada para merecerla. La comunidad, como la dinamita y el pasar por un colador en el desierto del Sahara para que en él queden los leones, son cosas que no figuran en los mandamientos del buen cazador, como tampoco figura la ametralladora o el veneno.

Muchos sueñan con cazar en otros países; parece muy bien, siempre que se haya agotado el repertorio de las posibilidades que brinda nuestra tierra. El arte de la caza no se mide por el tamaño o el peso de las presas; se mide, sí —ya lo hemos dicho— por todo lo que hace al cazador. Se piensa —o, lo mismo que la experiencia no nos deja compartir— que cazar en el Uruguay es cosa sencilla. Si fuera así, de nuestra moral y de nuestro prurito de superioridad depende que la compliquemos. Pongamos un ejemplo: en el potrero tal del campo X, hay una pieza de monte que no es grande ni chica; ahí —lo sabemos a ciencia cierta— se esconden zorros y gatos monteses que, con buenos perros o con trampas, nos sería muy difícil darles caza; pues bien, vayamos a buscarlos; pero vayamos solos, sin perros, de día al rececho. El asunto, en teoría, es bastante fácil: la isla tiene apenas unas treinta hectáreas y ahí están las piezas, probablemente durmiendo, puesto que vamos por la mañana; ya veremos cómo, sobre el terreno, la cosa se complica; los animales no aparecen para nada; sólo se ven rastros; esta huella sobre tierra húmeda, aquellos excrementos de hoy, de ayer, de antes de ayer... No hay duda: aquí están, pero no se ven. Un día, dos días, tres días, acaso un mes recorreremos, piedra por piedra, árbol por árbol todos los rincones del monte y volvemos siempre con escopeta limpia, sin olor a pólvora. Las últimas salidas pertenecen más al amor propio que al gusto de cazar. Hasta que una mañana, cuando ya conocemos la isla de memoria, sin saber cómo, se presenta una pieza a tiro. De lo que podemos estar seguros es que el cuero de este zorro, de este gato, no va a servir para nosotros un cuero más.

Para cazar se necesitan piernas, vista, oído y un porcentaje indispensable de intuición, de malicia, de arte, además de los conocimientos que la práctica va depositando en la experiencia del hombre que al salir ya sabe que para volver con las manos vacías no ha como echarse al campo a cazar. La caza es un asunto muy serio, y el buen cazador, para serlo, tiene que ser por lo menos tan serio como un andaluz serio, que y es decir. Sin alardes, cara a cara a la verdad —poco importa que del otro lado esté el lobo o el venado— mano a mano con el campo —la sierra, el monte, el estero— prendida el alma a la presa que huye o se oculta, sintiendo en los pulsos el tambor del propio corazón, la vista y el oído montados en el celosísimo resorte de los nervios, el cazador, perdido en la pura naturaleza del contorno agreste, se siente estrenando en su ambular, una nueva actitud tan vieja como el hombre.

Eduardo Martínez Rovira
(Especial para EL DÍA)

crónicas americanas

Una isla llamada Tabaco

En la avioneta que nos lleva y trae de Trinidad a Tobago, mi hija y yo, únicos pasajeros, conversamos con el piloto en completa intimidad. El nos ofrece un cigarrillo, y cambia a voluntad el clima de la cabina. En veinte minutos cruzamos la isla grande y pasamos sobre un mar con fondo de corales. Por suerte, no un mar azul. El cielo encapotado daba a las aguas un gris que hacía pensar en la piel de los gatos que pintó Fujita. Mar aperlado como las margaritas de Cabagua, la ciudad sumergida, y mar de humo, muy propio para una isla que se llamó Tabaco, o Tobacco o Tobago.

Por cierto que en Tobago descubrimos uno de los hoteles más bellos del mundo: el Arnos Vale —"beach Hotel in Robinson Crusoe's Island". Si pensó Defoe en esta isla cuando escribió las aventuras de Robinson, no pudo imaginar que pudiera ser, como es hoy, un paraíso. Este hotel, el escogido por la princesa Margarita para su luna de miel, es una abra de montes con árboles de colores y jardines de maravilla, que tiene sobre el mar una miniplaza de arenas tan finas como la sal. La casa apenas blanquea entre los árboles. Es un balcón sobre el Caribe. Libros, porcelanas y un dieciochesco piano, de cola, pintado con paisajes a lo Watteau. Un ambiente de Chelsea, en Londres, trasladado a las Antillas, bajo el sol del trópico. Abajo, en la playa, la piscina. Margarita hubiera podido escoger para su luna de miel la otra isla, más suya, homónima: la de Margarita. No lo hizo, porque la de Tobago, como Trinidad, tienen corona. La reina de Inglaterra es la de Tobago. ¿Coincidencia?

Arnos Vale está dispuesto para unas semanas de amor fuera de las ruindades del mundo. Agatha Christie ha pensado en otra cosa. Como buena inglesa, ha escogido estos rincones para ambientar alguno de sus más intrigantes crímenes. Buena lección. En el mismo escenario en donde unos sitúan el paraíso, otros montan la tramoya para el perfecto asesinato... La imaginación es así...

Me alojo en el Crown Hotel, que también puede servir lo mismo a las delicias del amor o a los mis-

terios de Agatha Christie. En cuanto me dan el número de la habitación y la llave, me proponen que me desvista, me ponga el traje de baño y corra a embarcarme en una lancha que va a salir para el mar de los corales. El día está resplandeciente. A unos veinte minutos de navegar llegamos a un punto en que el bote roza con el casco el fondo de corales. Descendemos al agua con máscaras de vidrio para ver las maravillas del fondo del mar. Peces de todos los colores nos pasan por entre las piernas. Nos sumergimos en una pecera mágica. El boga va guiándonos para que no avancemos a un gran bosque de árboles enanos, árboles de coral: jotoño en un jardín japonés! Bajo las frondas de estos árboles submarinos se mueven sin zozobra manadas de peces azules, rojos, amarillos y negros, de nácar o de plata. Nadan con el mismo orden que en el cielo las bandadas de patos.

De regreso, el piloto detiene la marcha en el centro de la bahía. Esto es aún más singular que la gran pecera en donde debíamos caminar con zapatos de caucho: los corales forman un fondo de nava'as. Aquí, no. Con el agua a la cintura o a los hombros, caminamos sobre arenas finas como polvo de talco. ¡Una gran piscina, en el centro del mar! Tornamos a la tierra firme. En la playa, un vendedor de caracoles ofrece su rumorosa mercancía. Nos hace oír los tonos de cada caracol: unos profundos de mar atormentado, otros finos de alegres músicas ligeras.

Las carreteras en Tobago han sido trazadas por las mulas. Angostas cintas de asfalto siguen los mismos caminos de las recuas de otro tiempo. Tobago ya no es la isla del tabaco de donde partían las naves "cargadas de humo", ni la isla de azúcar. En un viejo trapiche abandonado, una rueda Pelton de cinco metros de diámetro, está invadida por parásitos y orquídeas. Una caldera, comida de orín, verde de líquenes, al lado del trapiche y la rueda, forman la ruina más romántica de estas Antillas. La caña de azúcar pasó y vinieron los cocoteros. Las carreteras de mulas cruzan en mil sentidos la isla, entre palmas.

Cuando el coco madura, la palma lo deja caer. El hombre no tiene sino que recogerlo y echarlo a rodar por el mundo. Las cabecitas negras y duras de la almendra, entre el pelo dorado, seco, tieso de fibras, sólo esperan que de un machetazo las abran. ¡Lo demás es la gloria: leche de coco, arroz con coco, cocadas!

Tabaco, azúcar, coco para las cocadas: he aquí el proceso en la historia de una isla que parece un placer.

EL MOLINO SIN ALAS

Los Bishop conservan, como muchos otros ingleses, su vieja hacienda: *The Diamond*. Una vez, Tobago fue de los holandeses. Lo atestigua un viejo molino que perdió las aspas y es el orgullo de la hacienda. El enorme cono truncado de gruesos muros de piedra, se ha convertido en una casa que envidiaría Walt Disney para una película de enanos. La riqueza de la hacienda está en los cocos. Cientos de hectáreas en que, si se mira hacia arriba, dejan ver el cielo entre los penachos ralos de las palmas. Si se mira al suelo, se ve cubierto de cocos. En otro tiempo se molía azúcar en los trapiches. Ahora, en Tobago —y así en un cobertizo vecino a la casa del molino— se pela el coco y se le saca la carne para la exportación. Entramos al molino. Limpio y bien tenido como el interior de una casa suiza. Los Bishop nos invitan a mirar estrellas desde la terraza. Es una de esas noches que invitan a ver constelaciones. Por entre el cinturón de Orión pasan con cierta premura dos satélites: el uno corre de oriente a occidente, el otro de occidente a oriente. Estas dos direcciones no sirven para saber cuál lanzaron al cielo los rusos, cuál los americanos... Tomamos ron en agua de coco. En Tobago es un buen entretenimiento ver rodar en la noche los satélites... En el verano, de día, se apuesta en carreras de cangrejos.

*

Que estos ingleses vivan en un molino holandés de la isla que miró de paso Colón y que fue española, son cosas que reducen a historia de bolsillo la biografía del Caribe. En tiempos de Sir Walter Raleigh, Inglaterra creía que Tobago era una de las tierras adquiridas por Thomas Warner. El cardenal Richelieu pensaba que la había dado, con pleno derecho, a la compañía francesa de las Indias Occidentales. Holanda declaraba que la isla era suya, y el duque de Courland obtuvo una parte por la gracia del Rey. En el mapa de colores de aquellos siglos figuró, por sobre todas estas pretensiones, como hogar de bucaneros. El doctor Williams, primer ministro de Trinidad, dice: "Hasta fines del siglo XVIII Tobago pasó de ingleses a franceses, o de franceses a holandeses, o de holandeses a ingleses, unas veces invadida por los bucaneros, otras atacada por los españoles, o colonizada por los Courland. Holanda le cambió de nombre a la isla y la bautizó New Walcheren. Francia le dio a Scarborough el nombre de Port Louis...". Una sociedad de historia en Tobago podría poner como centro de mesa, para una conferencia o un banquete, una isleta de banderas como en las fiestas de la Unión Panamericana.

Los Bishop estuvieron el año pasado visitando Australia, y sus hijos mayores se educan en Barbados. Son tan pegados a la isla como los cocoteros o como ciertos árboles que hacen sus estaciones por derecho propio: unos meses son verdes, otros están cubiertos de flores rojas, tienen inviernos en que sueltan las hojas, y otoños en que quedan pelados, colgándole vainas de las ramas. Los ingleses se van a darle la vuelta al mundo en los veranos, y tornan al nido en los inviernos. Todo, sin frío y sin brumas. El calendario lo marcan las cosechas de los cocoteros.

*

Como mudan de colores los árboles o la isla de banderas, como viajan los dueños del molino, cambia de traje Tobago. Traje sin joyas. En Tobago no hay oro, ni las perlas y lapiz-lázuli que algunos anunciaron. El primer traje de la isla fue original: tabaco. Luego, mudó por uno traído de oriente: caña de azúcar. El siguiente, de las palmas de coco. Los españoles fueron los del tabaco, los franceses los de las cañas de azúcar, los ingleses los de los cocoteros. Así, la isla fue un taller de modistería internacional en que cada potencia cubrió la tierra desnuda con la hoja que quiso. A veces el traje lo imponía el celo de los vecinos rivales: Si los de Barbados estaban por el azúcar, Tobago tendría que pasar del azúcar a los cocos...

Tobago afuera le dan al visitante una máscara de vidrio para que meta los ojos en el mar y vea el jardín de corales y peces de colores. Tobago adentro los ojos miran al aire libre y ven los mismos colores de los peces en los pájaros. En todo caso, por las banderas, por los trajes, por los peces, las flores y los pájaros, estas son islas de colores.

Germán Arciniegas
(Exclusivo para EL DIA)

Genio y figura de DELMIRA AGUSTINI

Clara Silva



18

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

- GENIO Y FIGURA DE DELMIRA AGUSTINI. Por Clara Silva. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1968. 214 Págs. y numerosas fotografías. Distribuye: Edit. Medina, Tristán Narvaja 1547.

He aquí un libro necesario, que llena muchos vacíos en torno de la vida y obra de aquella excepcional mujer de nuestra literatura, genial y desconcertante, cuyo fin trágico dio origen a tanta leyenda y tanta conjetura. "Rara y difícil" se decía Delmira a sí misma. Lo fue, en efecto, y de este libro biográfico surgen muchos motivos de duda y reflexión acerca de los oscuros móviles que llevaron a la poetisa a la encrucijada fatal de su destino. Cartas inéditas, que son un verdadero documento, arrojan cierta luz —no total— sobre el drama que desanudó su existencia. Arduo problema resulta querer desentrañar, a tanta distancia, las causas que lo provocaron, desaparecidos actores y testigos, con las dificultades que supone penetrar en la intimidad de un alma que no reveló su secreto, y que supo ocultarse en un remolino de posibilidades e interrogantes. Clara Silva penetra hasta donde es dado llegar, en esa criatura atormentada que fue Delmira, logrando —aparte de las memorables conferencias dictadas por Roberto Ibáñez sobre el tema— el bosquejo psicológico más completo que hasta ahora se haya dado en libro. Ciertos aspectos de la trágica poetisa resultan novedad poco divulgada, como su faceta de polemista. Delmira Agustini llevó una vida doméstica apacible y aburguesada, con la evasión, paralelamente, de un desdoblamiento poético que liberaba otra personalidad escondida y misteriosa,

que consumaba en el verso sus tuegos secretos. Nada de excepcional, exteriormente, la presidió, ni nada de excepcional rodeó en apariencia su correcto noviazgo y su formal casamiento con Enrique Job Reyes. Cómo y por qué desembocó en tragedia, muerte, crónica policial, escándalo, no logra comprenderse cabalmente y acaso no pueda esclarecerse nunca del todo. Clara Silva indaga hasta donde es posible y nos pone en conocimiento de cuantos elementos de juicio ha reunido, tras una búsqueda metódica y razonada, para acercarnos la sensibilidad extraña, desequilibrada y abismática de aquella joven desconcertante. El libro, que ofrece una selección poética bien escogida y abunda en reproducciones y fotos que ambientan a la protagonista y su circunstancia, se enriquece también con juicios de prestigiosos escritores que supieron valorar debidamente a la poetisa. Para nosotros, aparte de otros méritos, encierra dos tópicos de relevante interés: la CRONOLOGIA inicial, que al incluir referencias de episodios de actualidad palpitante de la época, adquiere una vitalidad poco corriente en resúmenes biográficos de este tipo, y el capítulo titulado "CONCEPTO DE SU POESIA", que permite apreciar la finura interpretativa, la honrada comprensión de la autora ante la creación poética de su biografiada, y revela un aspecto nuevo, el crítico, que se suma a los positivos valores de Clara Silva como escritora.

RUBÉN DARÍO

Cantos de Vida y Esperanza

Los Cisnes y Otros Poemas

Ilustraciones de Rebeca Guitelzon



- CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA. — LOS CISNES Y OTROS POEMAS. Por Rubén Darío. Centro Editor de América Latina, Bs. As., 1967. 124 págs. Ilustraciones de Rebeca Guitelzon. Distribuye: Librería Albe, Cerrito 568.

No es del caso aquí referirnos al célebre texto de Darío, sino a esta preciosa y cuidada edición, que ilustra en forma novísima Rebeca Guitelzon. Un criterio muy moderno, surrealista, subraya con curiosa eficacia, poemas que parecerían estar lejos de un ritmo plástico tan opuesto. Color y li-

nea, "collages" llamativos, profundo sentido poético de la ilustración, hacen de este volumen, uno de los más bellos y auténticamente originales que materia de interpretación artística hayamos visto en torno del célebre nicaragüense, constituyendo un verdadero placer estético.

- RAUL MONTERO BUSTAMANTE. Por Enrique Rodríguez Fabregat (hijo). Biblioteca de la Academia Nacional de Letras, Montevideo, 1967. 85 Págs.



Este ensayo mereció el primer premio en el Concurso organizado por la Academia Nacional de Letras para honrar la memoria ilustre de su fundador y primer presidente.

En seis capítulos, el autor estudia los aspectos salientes de aquella personalidad múltiple, refinada, aristocrática, pro-

fundamente individualista, que hizo un culto del pasado y reverenció a los héroes de la patria con una unción serena y respetuosa, y tuvo un concepto de la historia a la Carlyle. No olvida su importante labor crítica, principalmente ejercitada desde la Revista Nacional, en cuya dirección puso muchos años de constancia y dedicación. Como crítico, Montero Bustamante demostró que puede orientarse la opinión de los lectores sin asumir la crítica como arma agresiva o demole-dora, sino con la ecuaní-me compostura que fue, por otra parte, signo de su distinción espiritual. El ensayo es digno del pro-hombre que estudia, de estilo claro y ágil, y constituye un acto de justicia

OTRA ESTIRPE

Eros, yo quiero guiarte, Padre Ciego... Pido a tus manos todopoderosas ¡tu cuerpo excelso derramado en fuego sobre mi cuerpo desmayado en rosas!

La eléctrica corola que hoy despliego brinda el nectario de un jardín de Esposas; para sus buitres en mi carne entrego todo un enjambre de palomas rosas.

Da a las dos sierpes de su abrazo, crueles, mi gran tallo febril... Absintio, mieles, viérteme de sus venas, de su boca...

¡Así tendida soy el surco ardiente donde puede nutrirse la simiente de otra Estirpe sublimemente local!

Delmira AGUSTINI (Uruguay; 1886 - 1916)

- ORIGENES DE LOS BAILES TRADICIONALES. Por Fernando O. Assuncao. Montevideo, 1968. 211 Págs. ilustradas. Distribuye: ARCA, Color N° 1263.



ORIGENES DE LOS BAILES TRADICIONALES EN EL URUGUAY

La constante tarea de investigación que realiza Assuncao en torno de temas vinculados con la tradición de los motivos de expresión popular, principalmente del baile rioplatense, desde sus orígenes, plasma ahora en un libro maduro de hallazgos, que son la lógica culminación de un constante estudio, dentro y fuera del país, en busca de las mejores fuentes para respaldar su tarea erudita, que ya acredita obras de suma responsabilidad, como la que dedicara al gaucho.

Comienza por señalar la confusión corriente entre lo tradicional y lo folklórico, así como la diferencia de alcances que entrañan las palabras

"baile" y "danza". La influencia cultural española en América, los bailes de los dos y los bailes de cuatro los orígenes del malambo, del minué montonero, son algunos de los puntos tratados con una seriedad que dan prestigio de joven maestro a este estudioso, que ha dedicado "quince años de investigación y práctica de nuestros bailes y cinco de investigación especializada en el tema", lo cual habla con elocuencia de un acendramiento de conocimientos que le dan autoridad en la materia. Este es un libro que llamará por igual la atención de entendidos y profanos, representando, a nuestro entender, una obra capital en la bibliografía de Fernando O. Assuncao.

El mundo en el LIBRO

por WRIOTHESLEY

- ACTO DE HUMOR. Selección y prólogo de Jorge Sclavo. Bolsillos Arca, Montevideo, 1968. 101 Págs.



Tónico, desintoxicante, válvula de escape para la tensión cotidiana, esta antología de cuentos humorísticos recoge buenos exponentes de ese humor nacional, que el prologuista analiza con acierto en su prólogo. Es lectura recomendable, porque es sana, traviesa, inteligente (que no sólo en la solemnidad se concibe la inteligencia), sin faltar el atisbo satírico; y ofrece, reunidos, nombres de escritores que ejercieron y ejercen con autenticidad y con eficacia, ese arte difícil de hacer reír.

Tarzan

Por EDGAR RICE BURROUGHS

EL ROBO DE GANADO ES MUY LUCRATIVO EN ESTA REGION... DEBO PREVENIR A LA TRIBU...

AL AMANECER EL AMO DE LA SELVA REGRESO A LA ALDEA ANKOLE...

'HALLÓ A LOS 'OMBRES -LEO- ARDOS, TARZAN?

SÍ, JEFE ABUNTA, PERO SON HOMBRES DISFRAZADOS DE LEOPARDOS...

SU OBJETO ES ASUSTAR AL GANADO PARA ROBARSE EL REBANO.

'LES MATAREMOS SI REGRESAN!

'LAS RESES SON SÍMBOLO DE RIQUEZA Y PODER EN AFRICA!

¡NO! LA TRIBU DEBE RETIRARSE DE LA ALDEA... DEJARLES QUE ROBEN...

¡JUSTED, EL AMO DE LA SELVA! ¿CÓMO NOS ACONSEJA UNA COBARDE JA RETIRADA?

¡TEMPORALMENTE, JEFE ABUNTA!

¡ESTOS CUATRO-ROS SON PARTE DE UN PLAN! MUY GRANDE! ¿NO DESEA AYUDAR A SUS AMIGOS?

JOHN
CELARDO

TM Reg U. S. Pat. Off. - All rights reserved
© 1967 by United Feature Syndicate, Inc.

PERO SI LOS MATO NO HABRA MAS ROBOS.

LO IMPORTANTE ES DAR CON EL CABECILLA Y CASTIGARLE.

¿CÓMO PROBAREMOS QUE ESTE GANADO ES EL NUESTRO?

4-9
1983

¡CREO QUE EN TIERRAS REMOTAS TUVIERON ESE PROBLEMA Y FUE RESUELTO!

En su barrio, para su comodidad, una agencia de avisos económicos de

EL DIA

• CIUDAD VIEJA, 25 de Mayo 619 • CENTRO, Río Branco 1212; 18 de Julio y Yaguarón • CORDON, Av. 18 de Julio 2022, 8 de Octubre 2676 • PUNTA CARRETAS, Brto del Pino 810 eq. 21 de Setiembre • PARQUE RODO, Comh. Uyente 2007 (Ag. Petraglia) • POCITOS, Juan Benito Blanco 914 • TRES ESQUINAS, Comercio 1821 • MALVIN, Orinoco 5048 y Michigan • PUNTA GORDA, Avda. Gral. Paz 1421 • CARBASCOS, A. Schroeder 6465 • UNION Av. 8 de Octubre eq. Abreu (Kiosco Union); Av. 8 de Octubre eq. Pirmasa (Kiosco

Maroñas • LA COMERCIAL, Av. Garibaldi 2559 • GOES, Av. Gral. Flores 2942 • CERRITO, San Martín 3491 • ITUZAINGO, Av. Gral. Flores 4996 • PIEDRAS BLANCAS, Cuch. Grande y T. Rinaldi • ARROYO SECO, Av. Agraciada 2612 bis • CAPURRO, Uruguayana 3513 • PASO MOLINO, Avda. Agraciada 4109 • AGUA-DA, Sierra 1906 (Agencia Progreso) • PIADO, Cno. Camiro 838 c Millán • BE-DUCTO, Guadalupe 1490 • RIVERA, Avda. Rivera 2621 • VILLA DOLORES, Fran- cisco J. Muñoz 3412 bis • CERRO, Avda. Carlos M. Ramirez 1666 eq. Grecia •

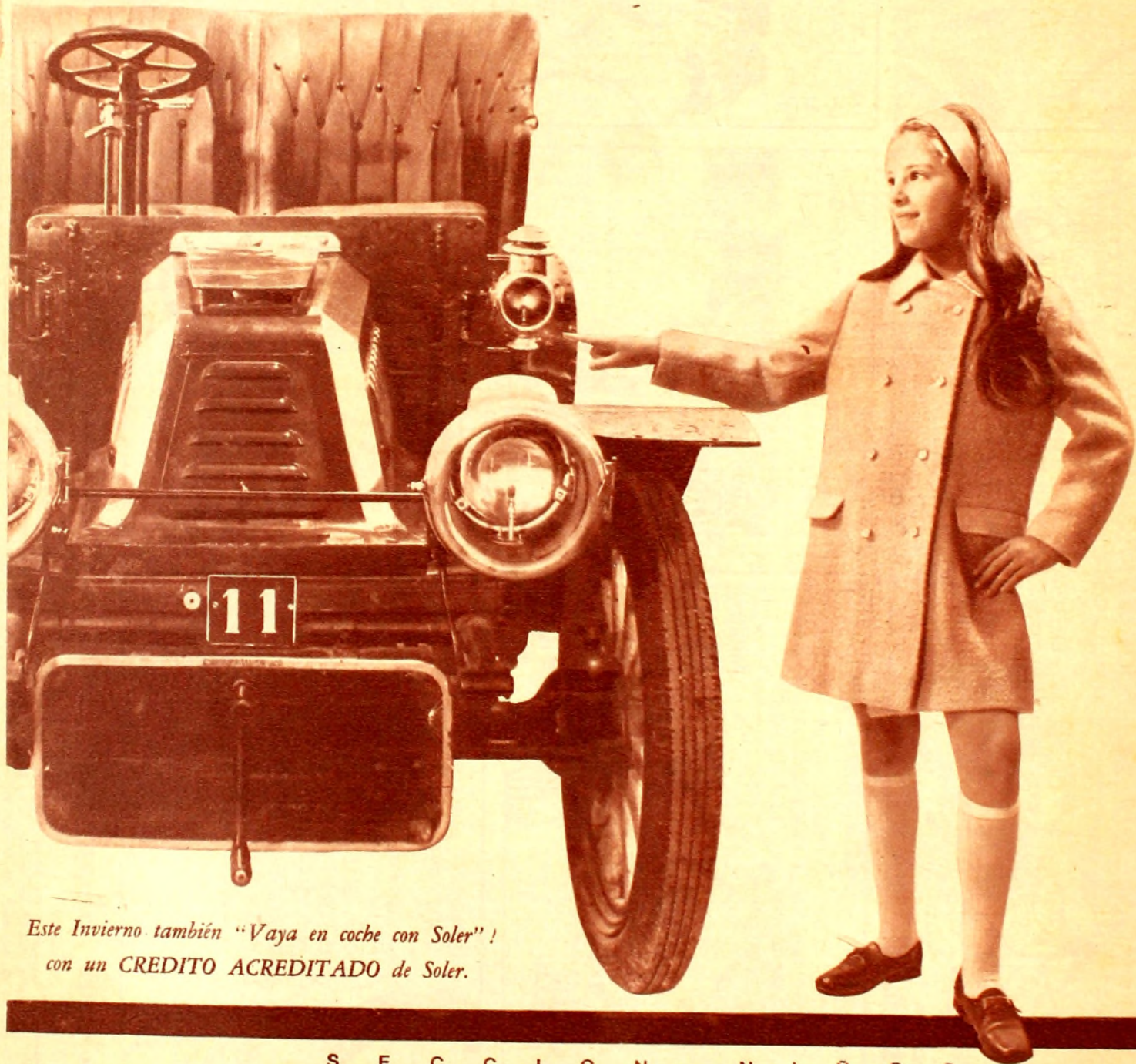
EN EL INTERIOR • CANELONES, Trinita y Iru aquina Rodó; Plaza 18 de Julio (Kiosco Inaladi) • SANTA LUCIA, Bazar "El Trébol" Rivera 488 bis • LA PAZ, Avenida Berle y Ordóñez 215 (Bazar Jovencos) • LAS PIEDRAS, Avenida Artigas y Lavalleja (Kiosco Inaladi) • PANDO •

en Invierno... **VAYA EN COCHE CON Soler!**

porque

Soler
tiene!

Soler
conviene!



Este Invierno también "Vaya en coche con Soler"!
con un CREDITO ACREDITADO de Soler.

S E C C I O N N I Ñ O S

PAÑAL para bebé en doble gasa de trama fuerte al precio de **\$ 98.50**

JUEGOS de interior en algodón para niña camiseta m. corta y bombacha. Talles 10 al 16 \$ 295, 2 al 8 **\$ 225**

CONJUNTO para bebé en lana, pelele y camperita **\$ 350**

CONJUNTO pantalón y buzo para niña o varón, tejido lana grueso. Talles 8 al 12 \$ 685, 2 al 6 **\$ 520**

VESTIDO para niña en lana Jacquard de brillantes colores. Talles 4 al 14 **\$ 750**

TAPADO para niña en paño labrado variedad de colores. Talles 10 al 14 \$ 2.150, 4 al 8 **\$ 1.950**

PANTALON largo en lana, tejido para niña o varón varios colores. Talle 1 **\$ 175**

CAMISETA para varón manga larga y slip. Talles 10 al 16 \$ 300, 2 al 8 **\$ 232**
Se pueden adquirir por separado

PIJAMA para niña o varón en franela decatizada. Talles 10 al 16 **\$ 450**
\$ 495, 4 al 8

SACO Y BUZO de lana tejido doble para niñas. Talle 4 **\$ 635**
Aumenta \$ 25.- por talla

POLLERAS y medias sport haciendo juego en jersey de lana escocés, para jovencita el conjunto **\$ 1.150**

GABAN para varón en paño de primera, forro capitoneado de gran abrigo. Talles 10 al 14 \$ 2.350, 6 al 8 **\$ 2.250**

A G U A D A — C E N T R O — C O R D O N — U N I O N